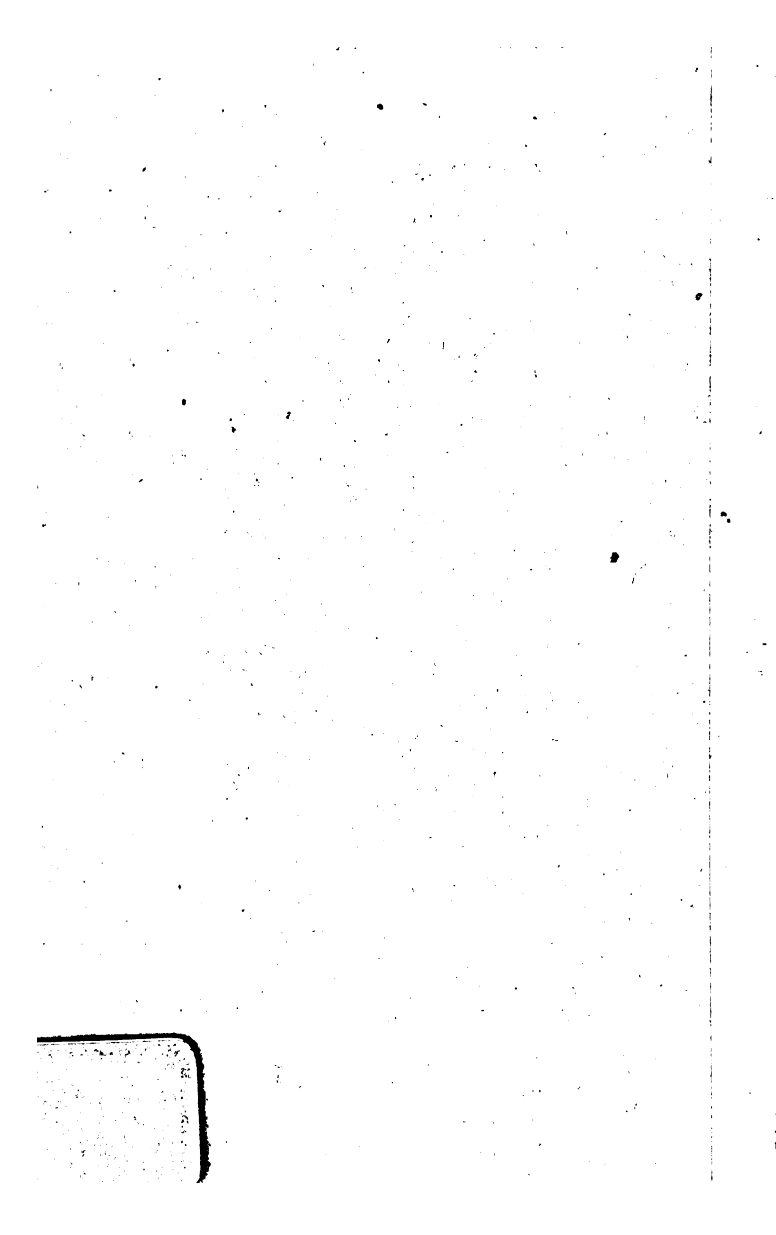
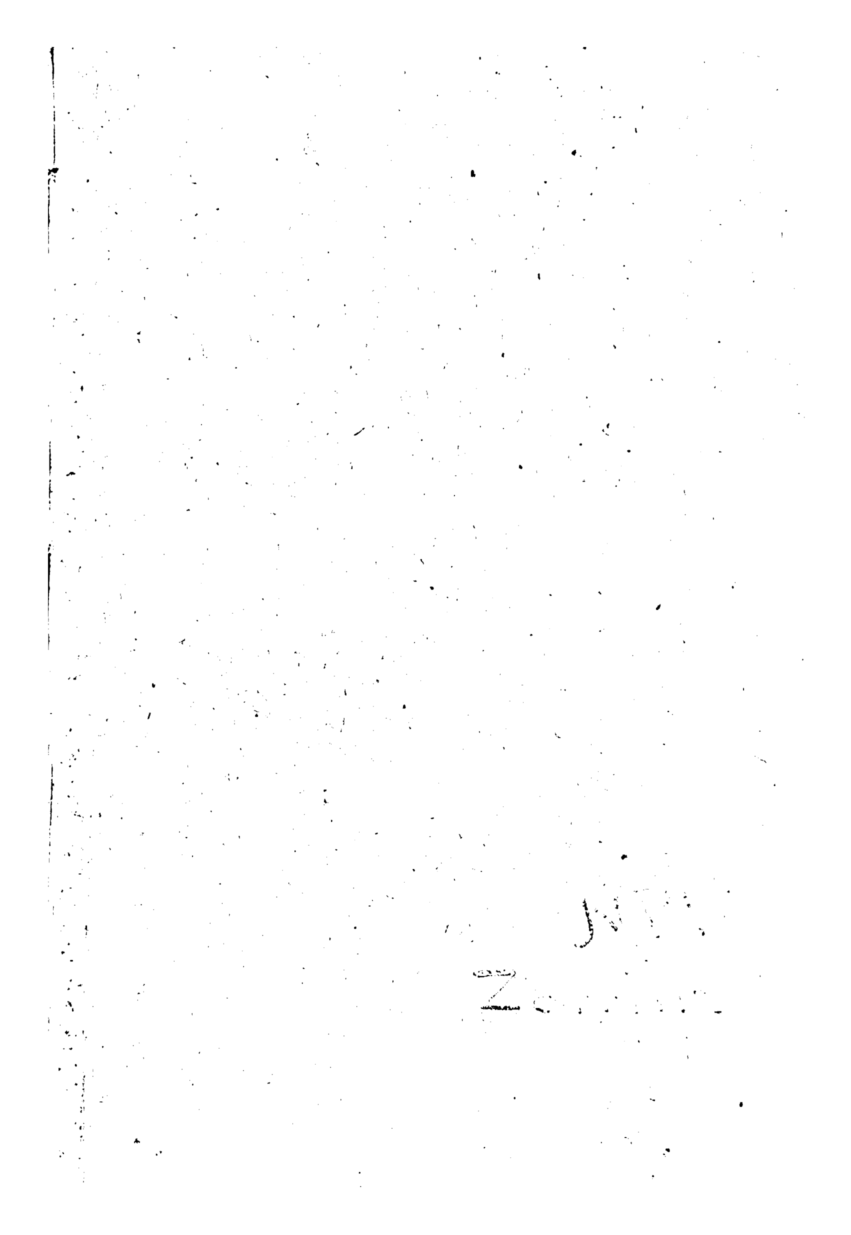




DRAMA DEL ALMA

ALGO

SOBRE MEXICO Y MAXIMILIANO.

POESIA EN DOS PARTES

Con notas en prosa y comentarios de un loco

POR

DON JOSE ZORRILLA y Moral

MADRID.—1888.

INTRODUCCION Y PROSPECTO.

MIRAMAR.

I.

Castillo de Miramar
que en el mar azul te miras,
¿por qué miras sin cesar
mar adentro en ese mar
cuyas ráfagas aspiras?
¿Por qué va tu Castellana
de un balcón á otro balcón,
y á través de su persiana
contempla la mar lejana
con febril agitación?
Cierra todos tus balcones,
castillo de Miramar:
cuelga de negros crespones
tus gallardos torreones
y no mires más al mar.
Ya es en vano que le adules;
en vano enfloras tus salas,
en vano tu mármol pules,
y tus perfumes exhalas
sobre sus ondas azules.

Haces mal si en el favor
fias del voluble mar:
te arrullará alhagador,
y tus piés irá á besar;
pero el mar siempre es traidor.
Miramar, no fies más
en las ondas pasajeras
del mar que mirando estás;
que no te traerán jamás
al que por ellas esperas.
Quita de ese torreón
ese mástil señorial;
ya se rasgó el pabellón
que ostentó en él tu blasón
bajo corona imperial.
Tu crónica alegre ayer
como una árabe leyenda
que escuchar daba placer,
va á ser una historia horrenda
que dará miedo leer.
Castillo de Miramar,
que vas desde hoy tu belleza
con crespones á enlutar,
castillo de la tristeza
te has de venir á llamar.

II.

Castillo ayer tan risueño,
hoy triste mansión mortuoria,
ayer pensaba tu dueño

que escribiera yo tu historia.....
¡la suya me quita el sueño!
Hoy, que del mundo salió
del martirio con la palma,
nó la historia que él pensó
sino el drama de su alma
vengo á revelarte yo.
Otro pasaba en la mía
que enlazado está con él:
y es esta doble agonía
lo que va mi poesía
á confiar á un papel.
Mas no vayas á olvidar,
si llegas mi libro á ver,
que sólo á luz de tu hogar
no se debe de leer:
sé discreto, Miramar.
Yo soy quien á tu Señor
hacía de otros lectura,
mientras era Emperador
allá donde hoy el rencor
le niega hasta sepultura.
Yo soy quien á tu Señora
canté allá una salmodía:
¡no sepa por tí en mal hora
que canto por él ahora
los salmos de la agonía!
Castillo de Miramar,
si llegan á tí estas hojas,
no se las dés á hojear:

tíralas antes al mar
en donde los piés te mojas.
  Llanto de pena verter
no hará á *la loca* infeliz,
quien lágrimas de placer
derramar la supo hacer
cuando era *la Emperatriz.*
  Castillo de Miramar
puesto para dar pavura
entre cielo, tierra y mar,
castillo de la locura
te has de venir á llamar.

III.

  Castillo que á tu Señora
hoy como prisión encierras,
yo la ví poco ha de ahora,
de otro alcázar moradora
y Señora en otras tierras.
  Y la ví con inquietud
ir por aquella región,
fiada en la rectitud,
en la fe y en la virtud
de su leal corazón.
  Yo crucé en el campo un día
mi corcel con su corcel;
y temblé porque sabía
que de aquel campo podía
salir cautiva sobre él.

Tuve allá asiento en su mesa
y en su presencia sitial;
pero siempre tuve priesa
de verla salir ilesa
de aquel país desleal.
Y cuando que el mar surcaba
oí decir en Castilla,
cuando supe que arribaba
del mar de Francia á la orilla,
la creí en salvo.... y errraba.
Respirado el aire había
de aquella letal región
y herida de allá venía.
¡Bien allá me lo decía
sin cesar mi corazón!
Mas bendigo al juicio Eterno
que el suyo quitarla quiso:
pues, sin juicio hoy de lo externo,
no comprenderá en qué infierno
se tornó su paraíso.
Yo, aunque otra vez se le dé
Dios, jamás á verla iré:
¡no vaya á pensar de mí
que por traidor me salvé
y que también la vendí!
Miramar, si en darla un día
rumor con tus ecos das,
no dés en la fantasía
de repetir la voz mía:
no la hables de mí jamás.

IV.

Castillo de Miramar,
tú, que si al fin Dios la cura
la tendrás que aposentar
en sus días de pesar,
como en los de su locura,
empieza á ensanchar con tiento
la red de su incertidumbre,
para que con paso lento
éntre en su alma el sentimiento
de su inmensa pesadumbre.
Ya de su casa no soy
como en su Imperio: no puedo
leerla historias desde hoy:
mas con la suya me quedo
y á España á contarla voy.
Castillo de Miramar,
por cuyos balcones mira
la que cree que por el mar
á tu playa ha de arribar
el amor por quien delira;
dí á tu infeliz Castellana
que del balcón se retire,
que cierre bien su persiana,
y que al mar con ansia vana
ya desde hoy nunca mire.
Dile que ya que esperar
no tiene mas que en el cielo;

que el que esperó ver tornar
no halló senda por el suelo,
ni navío por el mar:
y si en tan salvaje guerra
tal vez ni aun tumba le encierra,
que no le envíe á buscar
ni vivo sobre la mar,
ni muerto sobre la tierra.
Mas que su honor queda entero:
pues quiso hacerse primero
coronado allá matar,
que entrar como aventurero
sin corona en Miramar.
¡Oh castillo sin ventura!
prisión hoy en donde llora
coronada la locura,
castillo de la amargura
te han de llamar desde ahora!

V.

Castillo de Miramar
que ya al mar en vano miras,
quédate con tu pesar:
que temo que me ha de ahogar
la atmósfera en que respiras.
Castillo de Miramar
que en duelo tan infinito
envuelto vas á quedar....
¡guai que el castillo maldito
no te lleguen á llamar!

¡Adios, triste fortaleza,
que al mar que te azota miras:
quédate con tu tristeza,
que á darme vértigo empieza
la tristeza que me inspiras!
Yo me voy con mis cantares
á la tierra en que nací,
á echar ante sus altares
mis flores y mis pesares:
y apréndelo tú de mí.
Pues ya *aquel* no ha de llegar
que esperábamos los dos....
Castillo de Miramar,
vamos en Dios á esperar,
que quien nunca falta es Dios.

VI.

Mas oye aún, Miramar:
me pesa á mi hogar partir,
sin poder en tí sondar
algo que, á poder hablar
me pudieras tú decir.
Mas semejante poder
Dios no puso en tí ni en mí:
¡otro el cuento había de ser,
si me dieras tú á lëer
lo escrito dentro de tí!
¡Y si al tesoro común
de tu cuenta *capital*

otro cuento cada cual
pudiéramos dar aún....
fuera cuenta más cabal!
Porque tú debes saber,
pues se fué en tí á concebir,
cómo y quién dió tan ruín ser
al Imperio que, al nacer,
se envió á México á morir;
y debes saber también
cómo tu dueña infeliz
perdió su juicio y por quién,
y si hay quienes razón den
de la de la Emperatriz.

VII.

¡Delira mi mente loca!
castillo, empresa tan ruda
á más poderosos toca:
Tú, que lo sabes sin duda,
eres una muda roca;
y á mí me tiene la boca
mi propia ignorancia muda.
Con que, castillo, esperar.
Pues ninguno de los dos
cuentas de ello hemos de dar
y el tiempo lo traerá en pos,
yo me vuelvo á mi lugar:
y pues Dios es justo..., adios,
Castillo de Miramar.

A Don Pedro Antonio de Alarcón,

EL POETA:

Pedro, tu voz leal fué la primera
que me dió al regresar la bienvenida;
fué luego tu amistad mi consejera:
y hoy á España mi alma agradecida
su triste voz al dirigir, espera
nuevo favor de tu amistad cumplida:
que de la España actual la puerta me abras,
que lleves tú la voz en mis palabras.

Mi juicio de poeta y de cristiano
de tu amistad al juicio se sujeta;
si al hablar del que fué MAXIMILIANO
mi frase parecer puede indiscreta,
dála tú discreción: mi intento es sano;
de la fe del cristiano y del poeta
yo la llave te doy: si álguien la tuerce,
sé juez entre mi fe y el que la fuerce.

Tras voluntario y singular destierro,
me es nuestra sociedad mal conocida:
vuelvo..... como después de un largo entierro
volvería un cadáver á la vida.
Guíame tú: corríjeme si yerro:
levántame si doy una caida;
tú bien, aunque de ha poco, me conoces;
explica mis ideas y mis voces.

De este drama fatal voy á la escena
á hacerte descender: es una historia,
no de altos hechos, de amarguras llena.
De sus fastos históricos memoria
otras plumas harán; tarea ajena
de la mía, no aspiro á tanta gloria:
del muerto Emperador, si Dios me auxilia,
voy á hablar y de México en familia.

Fe de mi Religión, tu sentimiento
infunde á mi relato: Madre Santa
del Cristo, Tú que ves mi buen intento
de mi fe al par mi inspiración levanta:
voz de mi juventud, vuelve tu aliento
y vigor juvenil á mi garganta;
y útil sea á mi pueblo castellano
mi adhesión al que fué MAXIMILIANO.

COMENTARIO DEL LOCO.

Mi querido Pedro: Los versos que anteceden y los que van á seguir á esta prosa, serán probablemente música celestial para la mayor parte de los lectores de esta sociedad positivista y calculadora, para la cual nos toca escribir. Me dicen que ya los versos no son letras que corren en el mercado de nuestra patria; y así debe de ser, pues los veo impresos como prosa en los periódicos; y me parecen así estudiantes que, escapados de su casa para ir á un baile de máscaras, pasan con miedo por la calle en que viven sus padres, disfrazados ya bajo un dominó negro; y así pasan los versos por entre las columnas del periódico bajo las largas lineas negras que les disfrazan.

Por eso yo, que soy el espíritu loco condenado por Dios á hacer el viaje de esta vida en compañía del autor de estos versos; que he ido con él á México, y que he visto como él lo que allí pasa, pero de muy diverso modo y á muy diferente luz de como él lo ha visto, he resuelto anotar y comentar esta poesía suya con unos parrafitos de prosa mía; esto es: voy, como si dijéramos, á desleir el azúcar rosado de su poesía, en el agua un si es no es amarga de mis notas y comentarios.

El poeta no ha visto en México, á la templada luz de

su siempre sereno cielo, mas que sus nunca marchitos paisajes, sus nunca turbias lagunas, sus siempre floridas campiñas, sus productivas haciendas tapizadas de dulces cañas, abanicadas por ondulantes platanares, arrulladas por maizales sonoros, y rayadas por las losanjeadas melgas de los magueyales, como la piel de los tigres y de las zebras.

El poeta ha visto el risueño valle de la Mesa Central de México, el más elevado del Nuevo Mundo, como un valioso chal de Cachemira, prendido por sus puntas en las crestas volcánicas de la Sierra-Madre, y tendido por Dios sobre aquella tierra, bajo el fanal de su atmósfera tibia y perfumada, como una muestra de las Obras que salen no más de sus Creadoras Manos.

El poeta ha visto á los mexicanos, con sus trajes nacionales, cargados de alamares y botonaduras de plata y oro, sus anchos sombreros profusamente galoneados y festonados, sus abigarrados zarapes, sus ligeros caballos paramentados de morisca guadamacilería pasamaneada de oro y sedas: ha visto á las mexicanas con sus *naguas* de cien colores, sus mal encubridores rebozos, sus ceñidores de seda, cuyos flecos ondulan en torno de sus cimbradores talles, sus piés enanos, calzados de raso blanco, sus grandes ojos de mirar dulce como los de las gazelas, y su andar gallardo como el de los antílopes; y seducido y deslumbrado el pobre poeta por las inflexiones musicales de su cariñoso acento, por las extrañas y entrañables frases de su atractiva conversacion, y por las pintorescas imágenes con que expresan en ella sus pensamientos, les ha tomado á *ellos* y á *ellas* por abejas prolíficas y susurradoras, y por

esmaltadas mariposas, revoloteando entre las flores de aquel jardín, que plugo á Dios señalarles para su habitación sobre la tierra.

En resumen: el poeta no ha visto de México mas que lo que Dios puso en él; esto es: la luz, la vida, la hermosura, la fecundidad, la poesía, en fin, de la creación.

Yo, empero, que mientras él se perdía en espíritu por los espacios imaginarios de su poesía, me he paseado prosaicamente á pie por sus mal empedradas ciudades, he vagado por sus mal guardados caminos, me he alojado en sus aisladas haciendas, y he tropezado con los *mañosos* de sus encrucijadas y los *pronunciados* de todos colores: yo, que he dado la mano, he llamado *compadritos* y he tenido que hacer lugar en la mesa á los que unos llamaban *jefes* porque tenian subalternos, y otros *bandidos* porque andaban en bandas: yo, que me he tuteado caminando mano á mano con algunos, que murieron después honradamente colgados de un nopal á la vera del camino, casi en olor de santidad; pero ¡ay! olvidados ingratamente por cuantos les conocimos, por temor de ser llamados á dar en su canonización testimonio de sus virtudes; yo, en fin, que he vivido allí observando todas las cosas y metiéndome por todas partes, como loco que soy, sin hogar propio, sin oficio ni beneficio, sin opinión política, sin interés mercantil, y esperando solo que Dios rompiera la cadena que me impedía volver á Europa, te voy á decir de México, mi querido Pedro, lo que no te dirán los profundos diplomáticos ni los grandes hombres de Estado, que toman los grandes negocios de las naciones desde una olímpica elevación, y

les tratan desde ella con una entonación homérica; y las naciones, agradecidas, pagan con su sangre y con su dinero sus sabias combinaciones y sus luminosos discursos.

Yo no pico tan alto, Pedro amigo. Yo voy á darte solamente detalles caseros sobre negocios domésticos; voy tan sólo á hablarte de hechos pequeños, de rumores vulgares desdeñados casi siempre por los hombres de Estado y los diplomáticos, y casi nunca bien apreciados por los grandes historiadores; voy á decirte *algo* no más de México y sus cosas, haciéndote sobre ellas observaciones locas, y deduciendo de éstas estravagantes consecuencias; cuya misma excentricidad te podrá acaso servir para dar con las causas mínimas de graves acontecimientos, que buscarán los grandes políticos en más elevadas regiones.

Tal vez estás pensando, al leer éste, que mis comentarios van á estar escritos en un tono informal, ageno de la formalidad de mi asunto; pero te responderé á esta justa observación tuya con una confidencia mía; la cual, siendo una de las cosas estravagantes que te decía que habría en este libro, no será seguramente creida por Thiers, Fabre, Forey y demás hombres graves que se han ocupado y se ocuparán de esta cuestión; y es: que México es un país de broma, á pesar de todas las atrocidades que allí pasan, y que no pasan de bromas pesadas.

Yo te probaré esto en este librejo, mi buen Pedro; y te diré, cómo el noble Maximiliano, que tomó lealmente por lo serio á México, que es un país de broma como te digo, llegó primero llamado, buscado, deslumbrado y adulado; después engañado, calumniado, estafado, menos-

preciado y por fin vendido, al sitio de Querétaro: en donde fué fusilado, en medio de la broma con la cual hicieron probablemente los juaristas de su muerte innecesaria una parodia del acto último de Lucrecia Borjia.

Y llamo innecesaria á la muerte del Emperador, porque realmente era inútil; no habiendo sido el Imperio mas que un cadáver galvanizado, cuya existencia ficticia fué solamente sostenida por la caballerosidad de Maximiliano; incapaz de transijir con nada que creyera que empañaba su honor de caballero, ni de cejar un paso en el cumplimiento de lo que él creyó su deber de Soberano.

Por lo demás, Maximiliano debió morir en México; y murió en su lugar.

Desde el momento en que se quedó allí, después de la retirada de los franceses, fué Emperador por su propia cuenta: y arrostrando las consecuencias de su heroica resolución, probó su lealtad y su buena fe; y nadie puede hoy ya tomarle por un aventurero ambicioso del oro y de la vanidad que trae consigo una corona; puesto que no se dejó quitar la suya sino con la cabeza, sobre la cual otros y no él se la habian colocado. También te probaré esto más adelante.

El libro que vamos á enviarte detrás de esta introducción, no tiene, mi querido Pedro, pretensiones políticas, sociales, ni literarias de ninguna especie: y hé aquí las razones por las cuales le escribimos, le vamos á dar á la prensa y te le vamos á dedicar.

El poeta autor de sus versos, habiendo residido once años en México, por causas que á nadie importan, se cree

en la obligación y con el derecho de decir *algo* sobre aquel país en las circunstancias actuales.

Habiendo sido tratado allí por Maximiliano con una deferencia y una cordialidad que sobrepujaron en mucho al escaso valor de su representación personal, tanto en el mundo social como en el literario, el poeta cree deber de su reconocimiento consagrar á la memoria del Príncipe que le honró en tierra extranjera, unas cuantas páginas, dictadas por su corazón y escritas con sus lágrimas.

Habiendo sido recibido en España á su vuelta con flores, versos y aplausos, debe de manifestar su gratitud á su patria, y explicar al público en general y á los poetas que le saludaron á su llegada, la razón del silencio casi descortés y del aislamiento al parecer esquivo en que ha permanecido hasta hoy: lo cual espera hacer rápidamente en este escrito.

El poeta y yo, que voy á comentar sus versos para decirte en prosa lo que la poesía no debe descender á decir; te la dedicamos á tí, nuestro buen Pedro, porque habiendo sido tú el primero que nos dió la bienvenida, esperamos de tu amistad que te resignes á ser intérprete de nuestra gratitud á la patria en que nacimos, y á sombra de cuyo pabellón hemos tenido á orgullo vivir en las naciones que nuestra inconstancia ó nuestros pesares nos han hecho visitar.

No te enviaremos, sin embargo, este libro inmediatamente, sino en el transcurso del presente mes de Agosto; porque necesitamos este tiempo para saber á qué atenernos sobre algunos hechos de la última catástrofe de México;

los cuales, teniendo que pasar por Nueva-York, gran fábrica de mentiras y gran desfiguradora de verdades, necesitan confirmación.—Vale.

PRIMERA PARTE.

INTRODUCCION.

I.

Era en aquella edad de fe y de gloria
En que, puesta la cruz sobre Granada,
Fué, cuento de gigantes, nuestra historia,
Página de oro y luz jamás borrada
Del tiempo posterior en la memoria:
Y en que Europa, creyente y exaltada,
Juzgó á su aliento con orgullo loco
Corta la tierra y el espacio poco.

II.

Acosaba voraz á Europa entera
Una hidrópica sed de gloria y oro;
Una tras otra nave aventurera
Paso buscaba por el mar del moro
A un escondido edén, do una quimera
Brindaba al más audaz con un tesoro:
Y atizaban cien tomos de patrañas
Tal vértigo febril de oro y hazañas.

III.

Universal y extraña calentura
Que de una gran verdad incubadora
Produjo al fin la homérica aventura
Del sueño universal realizadora.
Germen al par de gloria y desventura,
Edén hallado ayer, perdido ahora,
Un Genovés tenaz de fe sencilla
Nueva mitad del mundo dió á Castilla.

IV.

Era verdad: allá, bajo otro cielo,
Del móvil mar tras el cerúleo muro,
Del aire azul tras el flotante velo,
Límite doble á su horizonte oscuro,
Tuvo Dios la mitad del terreo suelo
Virgen, oculto, incógnito y seguro
De las miradas, la ambición y el ruido,
De nuestro medio mundo conocido.

V.

Y allí había otras razas y otras gentes:
Y la tierra en su faz y en sus entrañas
Criaba, de los nuestros diferentes,
Aves, reptiles, plantas y alimañas;
Allí entre cataratas y torrentes,
Y lagos y volcánicas montañas,
Cerrado á Europa por el juicio eterno
Estaba aquel edén, que es hoy infierno.

VI.

Aquellas cordilleras gigantescas
Alfombradas de cedros colosales,
Aquellas grutas cóncavas y frescas
Entoldadas de liquen y nopales,
Aquellas soledades pintorescas
Nido de colibrís y cardenales,
Aquellos silenciosos precipicios
De la labor del hombre sin indicios;

VII.

Aquellos cerros de peladas crestas
Rajados por las lluvias torrentales,
Aquellos llanos de combadas cuestas
Cuajados de espinosos magueyales;
Aquellas rampas ásperas y enhiestas
Festonadas de estériles juncales,
Aquellos extensísimos desiertos
Al sol no más y al huracán abiertos;

VIII.

Las playas de aquel mar do á nuestras gentes
Asaltan á traición fiebres mortales,
Aquellas tierras bajas que, calientes,
Nutren selvas de vírgenes frutales,
Aquellos golfos sin cesar rujientes
Que ondulan sobre bosques de corales,
Encerraban el oro codiciado
Por la Europa famélica soñado.

IX.

Y era verdad: había un nuevo mundo
Tras de distinto mar que el mar del moro;
Un nuevo mundo real, virgen, fecundo,
Paraíso feraz preñado de oro:
Y envuelto en el misterio más profundo
Guardado había Dios aquel tesoro,
Con que Europa soñó calenturienta
De oro y hazañas pródiga y sedienta.

X.

Por vagabundas tribus mal poblado
Existía aquel mundo: verdad era.
Dormía allí la corsa sin cuidado
De la desierta loma en la ladera;
Al lago, por el hombre aun no enturviado
Bajaba sus cachorros la pantera;
Y el condor, aun por él no perseguido,
Hacía entre los árboles el nido.

XI.

De aquellos lagos límpidos á orillas
Iban entre esos juncos tan preciados,
(Símbolos de la ley en los golillas,
Lujo de nuestros viejos magistrados,)
Ágiles á trepar grises ardillas,
Y á sestear los bisontes fatigados,
Y á digerir los avarientos boas,
Y á esconder los salvajes sus canoas.

XII.

Y eligiendo allí en paz sitios propicios
De su industrial familia á las labores,
Labraban sus curiosos artificios
Hábiles arquitectos los castores:
Tal vez de los primeros edificios
Labrados en la tierra constructores
Al hombre errante por su inculto suelo
De la primer ciudad dieron modelo.

XIII.

Allí á la margen de insondables ríos
Que hierven al calor de los volcanes,
Cuyas riberas y álveo bravíos
Sacuden terremotos y huracanes,
Pelícanos volaban y tildíos,
Garzas y papagayos y faisanes;
Y se iban á esponjar en sus remansos
Ánsares roncos y silvestres ganzos.

XIV.

Allí en llanuras que jamás la caba
Desenyerbó, y en bosques cuyos palos
Sierra ni hacha privaron de su brava
Vegetación ni les dejaron ralos,
Crecía la aromática guayaba,
La xagua de buen ver y frutos malos,
La piña, el chirimoyo y los mameyes,
Manjar del vulgo allá y aquí de reyes.

XV.

Y allí otra raza de hombres diferente,
De distintas costumbres y lenguaje,
Tal vez mejor, tal vez más inocente
Que las de Europa, pero más salvaje,
Por aquel ignorado continente
De la vida mortal hacia el viaje:
Sin conocer la religión ni el nombre
Del Uno y Trino Redentor del hombre.

XVI.

Quiénes eran? De dónde habian venido?
Por dónde habian saltado á aquella tierra
Que un mar inmenso por bajel no hendido
En un abismo circular encierra?
Prole de Adán, si de él habian nacido,
Qué cataclismo incógnito, qué guerra
De elementos el globo desquiciando
Les aisló entre los mares? Desde cuándo?

XVII.

Del primitivo origen de su raza
Conservaron recuerdo tan exiguo,
Que aun hoy buscamos la perdida traza
Que une su raza á la del mundo antiguo:
Vivian de la pesca y de la caza
Algunas de sus tribus en ambiguo
Estado y condición semi-salvaje,
Tan pobres de razón como de traje.

XVIII.

Otros empero con mejor instinto
Social, con más saber y aspiraciones,
Poblaron de ciudades el recinto
Que les cupo en tan fértiles regiones:
Diversa ilustración, genio distinto
Á sus originales poblaciones
Dieron otro carácter y otro sello,
Mezcla de lo monstruoso y de lo bello.

XIX.

Ni Egipto, do entre nieblas y misterio
Su faz Adán tras Moisés asoma,
Ni el ojo avaro del celeste imperio
Que origen cuenta que en los astros toma,
Alcanzaron á ver este hemisferio
Que ni Grecia soñó, ni invadió Roma:
La fe de España con la luz de Cristo
Abrió al mundo aquel mundo nunca visto.

XX.

Colón abrió á la fe el teatro inmenso
De la América idólatra; la España
Consagró á Dios su territorio extenso;
Fe y valor se pusieron en campaña;
Húmedo en sangre se quemó el incienso;
Y en aquella región nueva y extraña,
Último paladín de la Edad Media,
Abrió Cortés su heroica tragedia.

XXI.

¡Dios, que al viejo Colón diste la llave
Para abrir á tu luz la tierra entera;
Que en él mostrastes el poder que cabe
En un alma tenaz que crée y espera;
Que echar le vistes en su frágil nave
La fe y las joyas de Isabel primera
Y el globo eslabonar de zona á zona
Con el anillo de su real corona:

XXII.

De Isabel y Colón bajo tu manto
Las nobles almas en tu gloria encierra:
Que nunca vuelvan desde el cielo santo
Su mirada inmortal á aquella tierra:
Qne no vean el mar de sangre y llanto
En que ahoga de América la guerra
La fe, el honor, la ley, las tradiciones,
Que la llevó la cruz de sus pendones!

XXIII.

Dios, por quien vivo y cuya sombra adoro!
Clemente Dios cuya paterna mano
Mi fe sostuvo sobre el mar sonoro,
Y me amparó en el mundo americano;
Yo que á aquel litoral no fuí por oro,
Que amé allí al infeliz Maximiliano,
Voy á enviar á su féretro sangriento
El último suspiro de mi aliento.

XXIV.

¡Dios, luz de la cristiana poesía,
Que me has visto exhalar en tus altares
Todo el aliento de la vida mía
Y toda la honda fe de mis cantares,
Hoy en este lamento de agonía
Es cuando necesito que me ampares!
Haz que sea en América mi acento
Rujido de leon calenturiento.

XXV.

Pero antes de exhalarle audaz, salvaje,
Como le arranca al corazón de Europa
De la feroz América el ultraje,
Y de volverla de su hiel la copa....
¡Oh excelsa poesía! tu lenguaje
Celestial y tu noble y aurea ropa
Que envilezca perdóname y que arrastre
De tal pueblo al hablar y tal desastre.

XXVI.

Para hacerme entender dar de su historia
Prosaicos detalles necesito:
Mas cuando de ella la mohosa escoria
Hoy con la pala del recuerdo agito,
Tu poética faz, tu luz de gloria,
¡Ay de mi! sé que anublo y que marchito;
Y parte tal de la leyenda mía,
Es narración vulgar, no poesía.

Libro Primero.

MEXICO.

NARRACION.

1551.

I.

Era en el siglo aquel de las hazañas,
En que hidalgos de rústicos solares
Abrian á la fe nuevas Españas.
Después que el buen Colón la abrió los mares
Y poniendo de madre con entrañas
En su pendón la cruz de sus altares,
Iba España por ambos hemisferios
Abriendo mundos y borrando imperios.

II.

Pisa Cortés la playa Mexicana,
Y abarcando su espléndido horizonte
Se tiende su mirada soberana.
De volcán en volcán, de monte en monte.
De ellos detrás de multitud lejana
Que airada espera que contra él se apronte
Son amenazador le trae el viento......
Y audaz le aspira con placer su aliento.

III.

Tras aquellas coclópeas montañas
Y agrestes precipicios solitarios,
A donde huyen ante él de sus cabañas
Míseras los medrosos propietarios,
Siente alzarse contra él huestas extrañas
Al rumor de sus pasos temerarios:
Vendrá acaso sobre él la tierra entera,
Y él la siente venir y audaz la espera.

IV.

Su ojo de halcón percibe entre la bruma
Por entre aquellos riscos y barrancos,
Que fía en Dios y en su constancia suma
Para poner ante su espada francos,
Empenachados de pintada pluma
Móviles grupos y estandartes blancos;
Un pueblo en fin que en presentarse tarda
Y que á ver antes de atacar aguarda.

V.

De esos montes detrás hay un imperio:
Al fin con su señor cruza mensajes;
De uno á otro palabras de misterio
Traen y llevan extraños personajes.
A su amago ceder es vituperio,
Y demencia exigir sus homenajes:
Mas el misterio penetrar que encierra
Es fuerza, aunque haya que forzar la tierra.

VI.

Cortés crée que cejar deshonra á España:
Su fe, acicate de su honor, le incita
A acometer la temeraria hazaña
De avanzar sobre un pueblo, á quien irrita
Y asombra al par su pretensión extraña;
Su audacia más la oposición excita,
Y cuanto más glorioso le parece
Más en intento tal se fortalece.

VII.

De heroes un puñado le acompaña
Para dar cima á tan hercúleo antojo;
Asombrada su hueste grita "¡á España!"
Cortés sus naves sin temor ni enojo
Quema, y abre su homérica campaña,
Diciendo á su legión con noble arrojo:
"Para volver del mar á la otra orilla
Ésta hay que conquistar, Dios por Castilla."

VIII.

Fe, fortuna, valor, estratagemas,
Tenacidad, homéricas campañas,
Desventuras sin par, cuitas extremas,
Inconcebibles, épicas hazañas,
Que no caben en libros ni en poemas,
Marcaron en los mapas dos Españas;
Fué española del mar la doble orilla.
¡México por Cortés! ¡Dios por Castilla!

IX.

Asombro de ambos mundos su victoria,
A Cortés del pasado entre la bruma
Admiran á la luz de tanta gloria
Los que no envidian su victoria suma.
¿Cuál es después de México la historia?
Veloz sobre ella al resbalar mi pluma,
Tal vez á ser mi cántico descienda
Frío resumen de vulgar leyenda.

X.

"Por España y por Dios" con fe y sin miedo
Dijo Cortés entrando los lugares:
"Por Dios y por España" el padre Olmedo
Decía detrás de él alzando altares.
La furia del soldado templó ledo
De Cristo el sacerdote: y ambos pares
En la fe, y en valor nadie el segundo,
Dieron á Carlos quinto un nuevo mundo.

XI.

El primero de austriaca dinastía,
Emperador y Rey Carlos primero
Soñó en sí vincular la monarquía
Universal, ser rey del mundo entero.
Dios casi se la dió, cual ser podía
En siglo tal, fanático y guerrero:
Alumbrando discordias y esterminios,
No se ponía el sol en sus dominios.

XII.

Carlos, rey en sus reinos extranjero,
Imperó en el desorden provocado
Solo por él: se levantó Lutero
Contra Roma: harto de ella y ultrajado
Se alzó contra su corte el comunero:
El viejo mundo, en guerras empeñado
Por él, se hundió en desorden tan profundo
Que infiltró el germen de él al nuevo mundo.

XIII.

En vano el capitán noble y valiente
Enviaba desde México á Castilla
De aquel nuevo país y nueva gente
Crónica ingenua en narración sencilla:
En vano el sacerdote inteligente
De la fe derramando la semilla,
Pedía para el indio mexicano
A la Iglesia favor y al Soberano.

XIV.

Era un siglo de gloria y entusiasmo:
Soñó Europa no más que guerra y oro:
Creyó que había dormido en un marasmo
De indigencia á la boca de un tesoro,
Cuando á la pobre España vió con pasmo
Avasallar el mar, rendir al moro:
Y rey de medio mundo el rey de España,
Contra la otra mitad salió á campaña.

XV.

Robó tierra á la iglesia la herejía,
La ardiente inquisición saltó á la arena
En favor de la fe y la monarquía;
Francia arriesgó tenaz, de celos llena,
Contra el Emperador cuanto tenía:
Y él para batallar en tierra agena,
Viendo no más en México un tesoro,
Le decía no más, "mándame oro."

XVI.

El rey al labrador para soldado
Sacaba sin piedad de sus hogares,
Dejando erial el campo no sembrado:
La inquisición en pro de los altares
Arrancaba al judío del mercado
Y al morisco industrial de sus telares:
Queriendo con un celo temerario
Dar cristianos á Dios y oro al erario.

XVII.

Y en pos de libertad ó de riqueza,
Cuantos la inquisición ó la justicia
O la guerra dejaban en pobreza,
Aprovecharon la ocasión propicia
De salvar su caudal y su cabeza
De la fe armada y de la real codicia;
Y del juicio y la leva los azares
Esquivando lanzáronse á los mares.

XVIII.

Por más que los leales y los buenos,
Que se le habían ganado al Soberano,
Le pedían de juicio y razón llenos
Que enviara solo al suelo mexicano
Jueces de envidia y ambición agenos
Y sacerdotes de valor cristiano,
Él enviaba no más á quien más oro
Mandara desde México al tesoro.

XIX.

Y el ladrón y el apóstata que huían
De tribunal civil ó religioso,
Las polillas sociales que nacian
Del polvo de aquel tiempo borrascoso,
Langostas de la América, caían
Sobre su campo virgen y abundoso;
Y, lejos de la ley, iban sin freno
De gérmenes de mal á henchir su seno,

XX.

Y el soldado rapaz, el fraile ignaro,
El tornadizo de judío y moro,
El juez venal, el mercader avaro,
Echando al mar vergüenza, fe y decoro,
Fueron á aquella tierra á vender caro
Fe, justicia, hasta su alma á cambio de oro:
Y de mal estos gérmenes distintos
Dieron entre los *indios* y los *pintos*.

XXI.

El indio es haragán, supersticioso,
De limitado y torpe entendimiento;
Como desnudo, impúdico; vicioso
Como nutrido mal de acre alimento.
El pinto, que es de México el leproso,
Nace manchado el cuerpo macilento
De herpéticos lunares movedizos,
Exsudación de virus pegadizos.

XXII.

Dios no nos dió en la tierra madre mala;
Pero aquí como allá la madre tierra
Al haragán y al vago no regala
El pan ni el oro que en su seno encierra:
Fecúndanla azadón, arado y pala,
No sangre derramada en larga guerra:
Así fué que los vagos que allá fueron,
Pobres aquí y en México se vieron.

XXIII.

Y el estómago de hambre y las entrañas
De odio y pesar roidos, acordaron
Utilizar allí sus viejas mañas;
Las indias y las pintas no tardaron
Con ellos en unirse, y sus cabañas
Otra progenie pésima albergaron:
Hijos de aquellos padres tornadizos
Hoy los léperos son y los mestizos.

XXIV.

Mala sangre española y mala indiana,
Ni indios en realidad ni castellanos,
Brotó esta innoble raza americana,
Del continente occidental gitanos.
Y renegados de su raza hispana,
Y repugnando confesarse indianos,
Ni cristianos ni idólatras, lo mismo
Deshonran la india fe que el cristianismo.

XXV.

Vale en España más honra que oro:
Reyes también de América sus reyes,
Dieron al fin á México decoro
Y alto valor social con sabias leyes:
Dieron, sin menoscabo del tesoro,
Pan y justicia al pueblo sus vireyes;
Y la Iglesia católica en sus templos
Le dió instrucción y de virtud ejemplos.

XXVI.

Íntegros jueces, nobles caballeros,
Comerciantes exentos de avaricia
Y monjes evangélicos y auteros,
En pro de la moral y la justicia
Esgrimieron al par leyes y aceros
Contra la iniquidad y la codicia:
La razón alumbrando y las conciencias
Su virtud, su palabra y sus sentencias.

XXVII.

Sabios de toga y nobles de golilla
Fueron con nobles de solar y espada
A echar, bajo los fueros de Castilla,
De otra raza leal, noble y honrada
En aquellas regiones la semilla;
Solariega nobleza allí creada
Sembró allí el germen del honor cristiano
Prez del blasón del pueblo castellano.

XXVIII.

El comercio, la paz, la fe y las leyes
A México atrajeron la bonanza
De la gloriosa edad de los vireyes;
Al camino sacó con confianza
El rey su oro, el labrador sus bueyes:
La nobleza, el comercio, la labranza
Y el clero se fiaron grandes sumas,
Sin haber menester prendas ni plumas.

XXIX.

No le ocurrió jamás á un castellano
Súbdito del buen rey Carlos tercero,
La palabra poner de un mexicano
Peor que la de un noble caballero,
Giraba allá el comercio gaditano
Oro con que comprar un mundo entero;
É indiano que de México venía,
Hasta el tesoro real franco tenía.

XXX.

Y era México un pueblo hospitalario,
Rumboso, alegre, decidor, sincero;
Como hijo de andaluz un poco vario,
Mezcla de comerciante y caballero:
Y enviaba sus millones al erario
Queriendo en la metrópoli primero
Ser hidalgo español que no escatima,
Que mercader á quien el dar lastima.

XXXI.

Como hijo de la alegre Andalucía
Pródigo de convites y de fiestas,
Aniversario de *algo* cada día,
Ferias tenía sin cesar dispuestas:
Y en medio de ruidosa cohetería,
Las campanas á vuelo siempre puestas,
En *jamaicas* pasaba y *coleaderos*
Bajo un cielo sin par meses enteros.

XXXII.

El indio humilde, el lépero ladino
Ya á respetar el fuero acostumbrado,
Siempre sagaz, pero jamás dañino,
Del español y el rico apadrinado,
En la calle, el paseo y el camino
Al español y al rico hacía lado:
Viendo todos sin odio ó pesadumbre
Tal superioridad como costumbre.

XXXIII.

Hombreaba hidalgo el español: el rico
Al lépero y al indio mantenía;
Mantenido y en paz, cerraba el pico
El pueblo á quien tal yugo no oprimía;
El ceño se fruncían un tantico,
Mas podían llamarse cada día
Sin ponerse uno á otro en ningún potro
Lépero el uno, y *gachupín* el otro.

XXXIV.

Aceptando ambos pueblos los deberes
De aquella sociedad indo-cristiana
Y de siervo y señor los caracteres,
(Española honradez y astucia indiana)
A fundir ayudando las mujeres,
Lazo común de la flaqueza humana,
Del indio astuto y del audaz hispano
Se produjo el carácter mexicano.

XXXV.

Áspero el español en su ardimiento
De vencedor con humos todavía,
Sagaz en su preciso rendimiento
El natural que á su merced vivía,
Aquel antes hostil doble elemento
Confundiéndose más fué cada día;
Hasta que, ni español ni americano,
Dió de sí un nuevo pueblo: el mexicano.

XXXVI.

Pueblo medio oriental, medio europeo,
Tan descuidado cual de ingenio agudo,
Gracioso y perspicaz como algo feo,
Como al trópico cerca, algo desnudo,
Bailó, cantó y dió gusto á su deseo
Y á un buen virey, que se fingió ceñudo
Por no arriesgar su autoridad, basada
En aquella opresión tal vez amada.

XXXVII.

Con un puñado de soldados viejos
Y unas cuantas parejas de corchetes,
Ayudando los rústicos consejos,
Se regía aquel pueblo: que entre cohetes
Y repiques, vaciaba los pellejos
De pulque haciendo trovas y motetes
Lo mismo al noble santo de la fiesta,
Que á la moza más guapa ó mejor puesta.

XXXVIII.

Alguno que otro día por un bando
Que había un rey de España se sabía
Que se llamaba Carlos ó Fernando;
Y por el funeral que se le hacía
Y el busto del troquel que iba cambiando
Que cambiaba de Rey se apercibía;
Y así sufría el pueblo mexicano
Lo que llamaba el yugo castellano.

SIGLO XIX.

XXXIX.

Llegó al fin nuestro siglo turbulento:
Sacudió la tormenta las naciones
Viejas de Europa: bamboleó el cimiento
Del trono en que dormian los Borbones:
El sol de la República sangriento
Engendró á Napoleón con sus legiones:
Y en el són de un cantar republicano
Cruzó la libertad el oceäno.

XL.

Acordonó con tropas y con leyes
Las aduanas y puertos mexicanos
Alarmado el poder de los vireyes;
Los diarios quemó republicanos
Y ocultó el cautiverio de sus reyes;
Mas todos sus esfuerzos fueron vanos:
La voz de la República francesa
Envió á través del mar la *marsellesa*.

XLI.

Las canciones políticas son malas
Todas sin excepción; pero ninguna
Aunque del genio y arte sin las alas
Deja de hacer prontísima fortuna.
Hechas entre clarines, sangre y balas
En la hora precisa y oportuna,
Dan al arte, es verdad, gloria bien poca,
Mas son un huracán del pueblo en boca.

XLII.

A falta de noticias y de pruebas,
El viento liberal era bastante
Del apuro español para dar nuevas:
Supo México al fin que delirante
Abandonaba España hozes y estebas
Por fusiles y espadas.... é incitante
A lid, agitador, calenturiento,
Germen de insurrección bebió en el viento.

XLIII.

Era el viento del siglo: soplo escaso,
Leve, fugaz, que ni se ve ni zumba
Como el aire sutil que hiende un vaso
Al principio, y que al fin moles derrumba:
Al que se opone de su siglo al paso
De su siglo una ráfaga le tumba;
Y aquella concitaba subversiva
A echar abajo lo que estaba arriba.

XLIV.

Francia, realista aún, la independencia
Apoyó de los norte-americanos
Por odio de Albïon; tal imprudencia
Los gérmenes caldeó republicanos
En los pueblos conquista y dependencia
Hasta allí de los reyes castellanos:
Y el viento de la América del Norte
Nos envió la tormenta á nuestra corte.

XLV.

¿Era el soplo del siglo? Es cuestión grave.
Que fué el soplo de Dios hay en el día
Quien opina tal vez; mas Dios lo sabe.
Lo que el manto rasgó á la monarquía,
Arcano es del que Dios tiene la llave:
Pero mientras España defendía
Su libertad, sus indias posesiones
Hacía allá la libertad jirones.

XLVI.

¿De quién la culpa? lo dirá la historia.
Para sondar tan nebuloso arcano,
Fresca aún de los hechos la memoria,
No hay todavía luz: aun es temprano:
Y ni es para el poeta tal victoria,
Ni hay tal poder en nuestra débil mano.
¿Quién rebeló la América española?
Culpemos sólo al siglo y á ella sola.

XLVII.

Nuestro siglo es rebelde: no hubo modo
De resistir al siglo. Comenzóse
A recordar y á comentarlo todo:
Se evocó lo pasado: apostrofóse
Al castellano *gachupín* y *godo*.
Que era invasor tirano declaróse,
Y empezó en uno y otro conciliábulo
La insurrección caliente á tomar pábulo.

XLVIII.

Nadie dió una razón muy valedera
Para tal rebelión: nadie en tal hora
De nadie esclavo ni oprimido era,
Ni era la autoridad más opresora:
Mas era el genio indócil de la era:
Había una carcoma roedora
La tradición monárquica minado,
Y aspiró á gobernar lo gobernado.

XLIX.

Lejos allá del trono la justicia,
Lejos el clero de la luz de Roma,
Lata la disciplina en la milicia,
De aquella sociedad eran carcoma
Superstición, abuso, odio y codicia;
Como en todo país que creces toma
Lejos de la metrópoli, impotente
Contra el volcán que brota de repente.

L.

Y ¡oh mengua de la América española!
¡Oh error de la rebelde raza humana
Que echa sus males sobre sí ella sola!
Los que amparaban más la castellana
Dominación, y á quienes más desola
El odio á España y á la fe cristiana
Del sangriento rencor republicano,
Dieron á la República la mano.

LI.

Un clérigo con otros el primero
El estandarte del motín levanta;
Deja el altar y cíñese el acero
A tal insurrección llamando santa.
Recurso musulmán del que heredero
Es nuestro pueblo aún (y que ni espanta
Ni engaña á nadie ya): cuando interesa,
Llamamos santa á la peor empresa.

LII.

Mas ni una hay que haya puesto por testigo
O por pretexto á Dios de su malicia
Que haya salido bién, ó á quien amigo
Haya Dios amparado en su justicia.
Las razas olvidó de que era abrigo
México, en su política impericia,
El cura de Dolores: y á su grito,
Se alzó otro pueblo que el por él bendito.

LIII.

"¡Libertad, igualdad, independencia!
Mueran los españoles, los tiranos!
Todos desde hoy iguales, su existencia
Empiezan hoy por mí los mexicanos!"
Dijo el cura; y su ley fué su sentencia:
Todos libres por él y ciudadanos
Hechos, á su pendón allegadizos
Acudieron mulatos y meztizos.

LIV.

Ley que al necio no más coje de susto
Es que quien mata á hierro á hierro muere,
De árbol letal quien le cultiva arbusto,
De áspid quien junto á sí guardarle quiere.
Es la ley del talión. Dios siempre es justo:
Quien elementos pútridos ingiere
En cuerpo sano y opio en planta buena,
Cuerpo y planta marchita y envenena.

LV.

Libertad é igualdad: principio santo
Tal vez que el cura Hidalgo sacó á plaza
Contra el pueblo español: mas que entretanto
Que él le aplicaba al suyo, cada raza
Se le aplicaba á sí, bajo su manto
Dándose de acojerse prisa y traza;
Y levantó las dos que con las leyes
Niveladas tenían los vireyes.

LVI.

"Libertad, Igualdad, Fraternidad."
Tres palabras que encierran grandes miras
Para el bién de la humana sociedad,
Y que han sido hasta ahora tres mentiras;
Pues tan solo la han dado en realidad
Opresión, desnivel, discordia é iras:
Mas tres palabras son que, una vez sueltas,
Han de hacer dar al mundo muchas vueltas.

LVII.

La de México fué vuelta completa:
Se hizo libre: salió de tutoría.
Yo no sé si fué vuelta ó voltereta
En República dar de monarquía:
Pero esta no es cuestión para el poeta:
¿Por qué está desde entonces la anarquía
Entronizada en México? Es un punto
Para el historiador; no es nuestro asunto.

LVIII.

El mulato, el meztizo, el pinto feo,
Eran hombres sin duda como todos:
Mas, en vil sociedad é innoble empleo,
De mal instinto y de peores modos;
Eran, si va á decirlo sin rodeo,
Los polvos de que vienen estos lodos;
Eran lodo social; fermentaciones
Del limo vil de Adán en las naciones.

LIX.

Republicano ya é independiente,
Tuvo en su sociedad que dar cabida
México liberal á aquella gente:
Y ella astuta y sagaz, bién advertida,
Ingiriéndose en ella mansamente,
Inoculó en la savia de su vida
Republicana gérmenes perversos
Y de su esencia natural diversos.

LX.

Aquellos á mandar por tantos años
Y en el hogar del blanco no admitidos,
Asaltaron con cábalas y engaños
El hogar y el gobierno prohibidos:
Mas llevando consigo sus amaños
Y vicios en la crápula adquiridos,
Infiltraron su hez negra y villana
En lo azul de la sangre mexicana.

LXI.

Porque el mestizo, el pinto y el mulato
Estremados en su odio al europeo,
Este odio la infiltraron en su trato
Con la raza española: su deseo
Fué, con fe desleal é instinto ingrato,
Emplear desde la estafa hasta el saqueo,
Hasta quedarse del país señores
Únicos en los tiempos posteriores.

LXII.

Por eso se afanaron cada día
La influencia en roër de la fe hispana
Falseando sus recuerdos: todo había
Sido opresión sultánica y tirana.
Pero ¿y la religión? ¿y la hidalguía?
¿y el comercio? ¿y la lengua castellana?
Superstición, orgullo y latrocinio:
Digno todo de escarnio y de esterminio.

LXIII.

Los hijos de los nobles castellanos
Vistos ya como indianos por las leyes,
Eran los verdaderos mexicanos
Al negar obediencia á nuestros reyes:
Dueños de haciendas mil ricas en granos,
En chilares, en cañas y magueyes,
Sustentaban al pueblo y al erario
Con su alto lujo y su comercio vario.

LXIV.

Mas vieron éstos con mortal disgusto
A altos puestos optar antojadizos,
Y ponerles tal vez el ceño adusto,
A los que con desdén de advenedizos
Trataron: mas fué tarde y no era justo:
Los pintos, los mulatos, los mestizos,
Ya con ellos al par republicanos,
Eran libres también y ciudadanos.

LXV.

Entonces unos con pesar los ojos
Pusieron en Europa y la esperanza:
Otros vueltos al Norte hasta despojos
Le ofrecieron por vientos de mudanza:
Se llamaron al fin *mochos* y *rojos*
Y entraron en lid de odio y de venganza,
Alzando dos banderas nacionales
Reaccionarios hoy y liberales.

LXVI.

Desde entonces, queriendo con el velo
Santo de religion y de civismo
Cubrir su afán de poseer el suelo,
Su igual intolerancia y egoismo;
Unos han invocado al Dios del cielo
Y otros la libertad y el patriotismo;
Y ambos bandos, sin fé y con ira estrema,
Escriben "*Dios y libertad*" por lema.

LXVII.

Mas es afán sacrílego y artero;
Pues no hay ya cosa allí que no se llame
Por su nombre genuino y verdadero:
Hoy por más que el político declame,
Detrás de la opinión se ve el dinero,
Trás las proclamas la ambición infame:
Hoy en México arrastran las pasiones
La fe y la libertad entre cañones.

LXVIII.

¡Oh fe sin Dios! ¡Oh libertad esclava,
Que vaso haceis en que beber sedientas
Del corazón en que el puñal se clava:
Que dais á vuestro Dios aras sangrientas
Y á vuestra libertad mordaza y traba!
Dios y la libertad os llevan cuentas;
Mas por no apadrinaros en el suelo,
Dios y la libertad se han ido al cielo.

LXIX.

Tal es la historia triste del moderno
México y el carácter de esta tierra:
Tal la razón del desarreglo eterno,
Y de la indócil inquietud que encierra.
Tal el foco del fuego del infierno
Que da alimento á su salvaje guerra;
Inconcebible es vista por encima
Gente tan dulce en tan benigno clima.

LXX.

México tiene un cielo que le cubre
Como un fanal azul y trasparente;
Tibio, aromado, diáfano y salubre,
Templa el pulmón y el corazón su ambiente.
Tan sereno en abril como en octubre
Brilla, jamás glacial, jamás ardiente;
Una sola estación bajo él impera:
Una suave y perenne primavera.

LXXI.

Su sol, que reverbera en unos lagos
Cercado de volcánicas montañas,
No hace al herirla en la pupila estragos;
Ni el ojo necesita las pestañas
Para templar sus resplandores vagos.
Tibios, suaves, rosados y de extrañas
Tintas: no hay sol que al mexicano iguale
Cuando se va del horizonte ó sale.

LXXII.

Muy alto sobre el mar, el valle ameno
De la Mesa Central, es el paisaje
De más variados accidentes lleno:
Quintas floridas, páramos salvajes,
Pedregales y montes cuyo seno
Nutre olorosos árboles, plumajes
Que empenachan cimbrándose sus crestas,
Y que sombra y tapiz dan á sus cuestas.

LXXIII.

Llanos que dan poquísimos afanes,
Y gran cosecha al labrador; calizas
Rocas en donde aún abren los volcanes
Bocas que obstruyen hoy muertas cenizas;
Ruinas do aún salen á vagar los manes
De heroes, que entre las ondas movedizas
De las lagunas de Texcoco y Chalco
Hallaron cristalino catafalco.

LXXIV.

Y en medio de este valle pintoresco,
Perla prendida en árabe acerico,
Ciudad como esas que el primor chinesco
Labra sobre el marfil de un abanico,
Blanco, claro, gentil, aéreo, fresco,
México yace perezoso y rico,
Como Sultán que en sus jardines fuma
Viendo al mar á sus piés hacer espuma.

LXXV.

México es la ciudad de los cantares,
Huerto rico de frutas y de flores;
Y en medio de la guerra y sus azares,
Y en medio de la peste y sus horrores,
Se mece en sus chinampas seculares,
Cantando ante su tumba sus amores
En un cantar que abarca estos estremos:
"Cantemos hoy; mañana moriremos."

LXXVI.

Mezcladas, aunque hostiles, hoy sus razas
Y hechas de su política á los giros,
En salones, haciendas, campo y plazas
Bailan, ya acostumbradas, entre tiros,
Besos, quejas, requiebros y amenazas:
Viven entre cantares y suspiros,
Y mueren con la misma indiferencia
De batalla ó festín por consecuencia.

LXXVII.

Galanes y diestrísimos jinetes,
Llevan en sus caballos un tesoro
En chapas, hebillajes y filetes;
Y ostenta, recordando el gusto moro,
Su cairelado arnés flecos y herretes:
Gastadores sin par de tiempo y oro,
Toman, mirando el oro como barro,
Por liberalidad el despilfarro.

LXXVIII.

Hechos á ver sin pesadumbre alguna,
Cual sin placer ni afán en juego y guerra
Dar vueltas á su vida y su fortuna,
Que un naipe ó un cañón corta ó encierra,
De su viaje al panteón desde la cuna
El camino peor no les aterra:
Lo necesario es oro para el viaje;
Y con la guerra van juego y pillaje.

LXXIX.

Sus derechos iguales todo á todos,
Ciudadanos é iguales, les conceden:
En toda era y país por varios modos
Pocas del oro á la virtud no ceden:
Dicen: "Barniz dorado limpia lodos;
No hay peces que en red de oro no se enreden."
Todo allí todos á su alcance miran:
Todos á todo sin temor aspiran.

LXXX.

Y hechos de limo tal los mexicanos,
Y á vivir en la alerta y suspicacia
De una guerra, que cambia los hermanos
En enemigos y la fe en falacia,
Pueden con los más diestros cortesanos
Competir en destreza y diplomacia:
Y no les hay sobre la tierra iguales
En gracia de palabras y modales.

LXXXI.

Este pueblo habla aún el castellano
Mas con tal fraseología y tal acento,
Que el lépero más rústico y villano
Sabe en ella expresar su pensamiento
Con un periodo culto y cortesano,
Con tono dulce, cadencioso y lento,
De imágenes y tropos con gran copia,
Con natural acción, fácil y propia.

LXXXII.

México es el país de más talento,
De más gracia, más magia y más encanto
En su trato social; el sentimiento
Está en sus frases con cariño tanto
Expresado y tan bien cada momento
Del amor y la fe tan bajo el manto,
Que sus pláticas son, de encanto llenas,
Hermanas del cantar de las Sirenas

LXXXIII.

"Ángel mio! primor! mi alma! mi vida!
Cuanta frase al decir presta incentivo,
Va en su conversacion tan repetida
Cual si fuera de amor diálogo vivo.
Es nuestra lengua, sí: desposeida
De su carácter varonil nativo:
El español hablando es franco y grave:
El mexicano seductor y suave.

LXXXIV.

Rápido en concebir, en lo que piensa
Cuando la idea se le ocurre, abarca
Su acepción y ampliación la más extensa,
Y en su interpretación vía se marca
Con su veloz perspicuidad inmensa;
Siempre está sobre sí: jamás se embarca
En agua cuyo fondo no sondea:
Siempre á su fin para llegar rodea.

LXXXV.

Dulce y flexible, cuanto astuto y vivo,
Envuelve en la palabra el pensamiento
Con el giro más diestro y persuasivo,
Y el eco musical dá de su acento
Con su faz y su acción doble atractivo.
La mexicana que relata un cuento
Tiene en su acción graciosa y su voz suave
Algo del vuelo y del cantar del ave.

LXXXVI.

Todo allí es seductor, todo allí es grato;
Todo embelesa, atrae, deslumbra, embriaga,
Clima, país, lenguaje, hábitos, trato;
Hasta el mismo desorden que lo estraga
Todo, es característico é innato;
No hay allí mal que nos parezca plaga:
Infierno que fué Edén aun en su suelo
Hay *no sé qué* del primitivo cielo.

LXXXVII.

Tal fué México ayer; tal es en suma
Hoy: mezcla de contrarios elementos:
Con sangre de Cortés y Moctezuma
Y con odio á los dos: rico en talentos,
Cauto, sagaz . . . . y vario como espuma
Del mar que agitan sobre el mar los vientos.
Y á esta nación del mundo americano
Fué engañado á reinar Maximiliano.

Libro Segundo.

MAXIMILIANO.

I.

Tibio, rosado, diáfano, sereno,
Daba su limpia luz á una mañana
Un sol primaveral. De vida lleno,
México respiraba el áura sana
Que le traía en su ondulante seno
El aroma vital de la cercana
Sierra cedrosa, y los perfumes vagos
Del agua azul de los salobres lagos.

II.

Y esta áura en sus balsámicos vapores
A la risueña capital traía
Vago són de campanas y tambores,
Que brotaba confuso en lejanía.
La ciudad exhalaba mil rumores
Que acusaban de insólita alegría,
Con su alegre susurro y movimiento,
De placer un incógnito elemento.

III.

No hay mirador, ni torre, ni azotea
Sin pendón, banderola ó gallardete:
Ni minuto en qué alzarse no se vea
A estallar en los aires algún cohete;
Mal parece la esquina en que no humea
Exhalando su aroma algún pebete:
Lazos, cifras, divisas, pabellones,
Y guirnaldas en rejas y balcones.

IV.

Do quier se tienda la curiosa vista,
Halla de la ciudad vestido el casco
De terciopelo, brocatel, batista,
Razo, blonda, moiré, tul y damasco.
Canastillo adornado por florista,
O de ámbar chino cincelado frasco
A una novia ofrecidos por su amante,
México se parece en tal instante.

V.

Entapiza sus calles fina arena;
Mástiles, pilarillos y jarrones
Sostienen de jazmín, rosas, verbena
Y enredaderas ondas y festones;
Su bulliciosa población, ajena
De afán, por puertas, pórticos, balcones,
Puentes, pretiles, muestra la galana
México, la Venecia americana.

VI.

Cruza allá una simbólica carroza
Que alegoría del país encierra,
En torno de la cual piafa y retoza
Cuadrilla de ginetes de la tierra.
Allá el camino artificial destroza
Tren militar con séquito de guerra;
Y allá atraviesa un vítor de muchachos
Cargado de infantiles mamarrachos.

VII.

Indias allá que *trotan* divididas
De su cuadrilla de indios forastera;
Besos, encargos, señas, despedidas
De balcón á balcón, de acera á acera
De familias *fuereñas*, que perdidas
Van un puesto á buscar en la carrera:
A la cual su torpeza ya en retraso
Busca afanosa sin hallarle paso.

VIII.

Acota esta carrera una muralla
De marciales trofeos y paveses:
Cubiertos como en día de batalla
De sus armas y bélicos arneses,
Desde el campo al palacio forman valla
Zuavos, dragones y húsares franceses:
Brillando en sus enseñas y pendones
La N de los audaces Napoleones.

IX.

Mostrando entre sus filas van ufanos
Al francés que le admira y le desdeña,
Su traje nacional los mexicanos,
Sin dar la faz á la francesa enseña:
Sino enviando galanes besamanos
A sus mujeres, cuya faz risueña
Asoma alegre entre aderezos ricos
A través de sus blondas y abanicos.

X.

Todo es el aire señas que se cruzan,
Abanicos y guantes que al acaso
Caen: flores que albas manos desmenuzan,
Lentes, pedazos de batista y raso,
Que acaso el paso y el deseo azuzan
De alguno que al pasar los coje al paso:
Consecuencias del sér, culpas eternas
De las fiestas antiguas y modernas.

XI.

Son el compendio de la humana vida:
Do quier que el mundo de placer ó duelo
A espectáculo alguno nos convida,
Cubre do quier la multitud el suelo.
Uno del espectáculo se cuida,
Y mientras *mil*, de goces con anhelo,
En buscar el placer su ingenio agotan,
Pasa *otro* á quien coronan ó acogotan.

XII.

Esto es todo. ¿A qué vamos al paseo,
Al teatro, á visitas, á la calle?
A ser vistos y á ver. Es gran recreo
Ver y hallar agradable algún detalle;
Y el agrado es el padre del deseo,
Y la tierra es de llanto y gustos valle,
Y... ¡oh inútil reflexión! ¡oh moral vana!...
Jamás podreis con la flaqueza humana!

XIII.

Grande es la fiesta de hoy, y al par la sola
Que México registra en sus anales
Desde que fué cristiana y española.
Por la primera vez sus naturales
Van al príncipe á ver por quien tremola
La nación sus banderas nacionales:
Hoy va de Europa al pueblo mexicano,
Como un iris de paz un Soberano.

XIV.

Todo es oro y primor en la carrera;
Allá, tipo genuino, va el *ranchero*
Que de botones mil la calzonera
Carga, y orla de aljófar el sombrero,
Y prende con diamantes la chorrera,
El zarape en los hombros, el esmero
Ostentando y el lujo mexicano,
Par con el andaluz y el africano.

XV.

La china (que se pierde, más que áun dura)
Mezcla de la manola y la gitana,
Marchando con gentil desenvoltura
Sobre unos piés de perfección enana,
Su equívoco pudor y su hermosura
Mal envolviendo entre cendal y grana,
Ostenta (en desnudez piernas y brazos),
De americana piel rojos pedazos.

XVI.

El grave inglés en Londres tintorero
Y jefe allí de lucrativa empresa;
El alemán en Huremberg cubero
Rico aquí con juguetes de sorpresa;
El ayer en Pachuca barretero
Y hoy señor de la barra de oro-pesa,
Y el montero que debe á sus barajas
Ser rifa andando y anaquel de alhajas;

XVII.

Y el general bordado hasta las cejas;
Y el guerrillero jefe de cuerudos,
Que corta á los contrarios las orejas
Y á los de su facción deja desnudos;
Las de damas equívocas parejas,
Las de yankees groseros y zancudos,
El que á hacer va un millón con una tienda
Y el que debe otro ya sobre su hacienda:

XVIII.

Y el cura que hizo más de una campaña,
Y el heroe que cien veces se ha escondido,
Y el banquero, que lo es por su hábil maña
En contrabando audaz jamás cogido,
Y el libelista, que de vil patraña
Sobre el ajeno honor sacó partido......
Cuanto compone allí raza ó ralea,
En la carrera bulle y se codea.

XIX.

En tal clima no ardiente y siempre fresco,
Que abrigo al par y desnudez permite,
Do al indio rojo el pálido tudesco,
Si interés media, á sociedad admite,
El público se ve más pintoresco,
Cuando en su cuadro original compite
De aquel pueblo tan gárrulo y bizarro
El lujo señorial y el gusto charro.

XX.

Los más de nuestros pueblos europeos
En fiesta ó reunión pública juntos,
Con nuestros negros lóbregos arreos
Que hacen ser á sus hombres negros puntos,
Parecen por las calles y paseos
Triste acompañamiento de difuntos:
Los pueblos de la América, al contrario,
Presentan un conjunto alegre y vario.

XXI.

Los azules y rojos zagalejos,
Los verdes y amarillos ceñidores,
Los alamares mil y rapacejos,
Los zarapes de múltiples colores,
Hacen, mirado en México de lejos,
Al pueblo parecer campo de flores,
Que el ojo al par y el corazón recrea
Cual vista de jardín que el aire orea.

XXII.

Y hé aquí que en sus calles á esta hora
Todo cuanto hay en México de bello,
Cuanto en él choca, admira y enamora,
Cuanto á su aspecto popular el sello
Contribuye á poner, la acusadora
Marca, el característico destello
Que da á un pueblo á juzgar por su conjunto
Junto se encuentra y de juzgarse á punto.

XXIII.

Tras medio siglo de discordia y duelo,
Presa de la ambición y la venganza,
Le parece por fin que va en su cielo
A amanecer el sol de la esperanza;
Y hoy comienza á esperar para su suelo
Nueva era de paz y bienandanza,
Plantando ante el dosel de un Soberano
El jardín de un imperio mexicano,

XXIV.

La águila liberal republicana
De la francesa al litoral huía:
Por la primera vez México ufana
Ver claro el sol del porvenir creía:
Y acaso ya la pompa cortesana
Le halaga de la fiesta de aquel día;
Pues monárquica ayer, tal vez simpática
Ve su futura vida aristocrática.

XXV.

Mas ¡ay! olvida su moderna historia:
De un anterior imperio se nos cuenta
La rápida y fatídica memoria
En una breve página sangrienta:
México espera del imperio gloria
Y en tan dulce esperanza se apacenta:
Mas ¿quién sabe si Dios le abre en su imperio
En lugar de un jardín un cementerio?

XXVI.

La que del sol de la esperanza brota
Es una luz rosada, que ilumina
Con rayos de oro la región remota
Donde risueña la ilusión domina:
Mas su horizonte azul en playa ignota
De mar tempestuosísimo termina;
En cuya playa estéril llora uraño,
Solitario y desnudo el desengaño.

XXVII.

¡Quién sabe si la raza mexicana
Que á su segundo emperador espera,
Su segunda corona va mañana
En la sangre á arrojar con la primera!
Mas retumba el cañón: ya la campana
La comitiva anuncia, y la carrera
Despejan por las filas circulando
Señales de atención, voces de mando.

XXVIII.

Ya está libre la vía: ya el ambiente
Vibra al son de las trompas y atabales:
Ya ve avanzar la mexicana gente
Sus tropas y banderas nacionales,
Donde brillan con luz de sol naciente
La corona y las armas imperiales:
Y en cien carrozas de esplendente lujo
Cuanto mantiene autoridad é influjo.

XXIX.

Clero, ciudad, consejos, regidores,
Las damas de palacio, la grandeza,
Chambelanes, regencia, embajadores,
Ciencia, magistratura, armas, nobleza;
Placas, bordados, plumas, blondas, flores,
La corte, en fin, con su imperial riqueza,
Como un emjambre de áureas mariposas,
Avanza entre una lluvia de oro y rosas.

XXX.

Luego en grupo fastástico que ondéa,
La imperial comitiva, que camina
Con grave lentitud: en él campéa
De la brillante guardia palatina
El uniforme rojo y la libréa
Roja imperial; cuyo color domina
De aquel dorado grupo entre las olas,
Como entre rubia miés las amapolas.

XXXI.

Y.... ¡qué delirios la aprensión inventa!
El *rojo* que, apagando los colores
Todos, al avanzar rojos ostenta
Pajes, guardias, aurigas, picadores.....
De su manto imperial cauda sangrienta
Parece tras los dos Emperadores.
¡Color siniestro, cuyos visos rojos
Vértigo dan al alma y á los ojos!

XXXII.

Ellos son: la apiñada muchedumbre
Se aglomera, y á verles se prepara,
De ver á sus monarcas sin costumbre
Y espectáculo tal de ver avara.
Ya avanza entre su roja servidumbre
La carroza imperial; ya cara á cara
Mira el pueblo á sus nobles soberanos,
Y.... olvida por mirar lenguas y manos.

XXXIII.

Ellos son; la simpática Carlota
De alto decoro y dignidad modelo:
Sencillez en alcázares ignota
Da á su faz juvenil púdico velo:
Grave, serena, perspicaz, lo nota
Todo, y mira de frente, sin recelo
De parecer, fijándose, altanera;
Que no tiene noblez su alma sincera.

XXXIV.

Su cabeza gentil se gallardéa
En sus hombros con gracia soberana:
Su frente nobilísima rodéa
Con la imperial diadema mexicana:
En sus brillantes diáfanos campea
El águila que fué republicana;
Y al pueblo absorto al saludar Carlota,
Luz, como un astro, de su frente brota.

XXXV.

Blanco como los copos de la nieve
Que de Alemania cubre las montañas,
Rubio, que dar al sol envidia debe;
Y tan rico de barba y de pestañas
Que, cuando al saludar su busto mueve,
De su barba partida las marañas
Riquísimas circundan su semblante
De áurea luz con ráfaga ondulante.

XXXVI.

Cortés, sencillo, natural, sereno
Maximiliano avanza. Su figura
Noble y característica, en el pleno
Período juvenil, más que hermosura
Rebosa estilo y dignidad: ajeno
De altivez imperial, su fe segura
Revela en el cortés Maximiliano
Más el hombre leal que el Soberano.

XXXVII.

Tradición de la gente primitiva
Del idólatra Anáhuac moradora,
Fué que, hija del sol, á venir iba
Raza rubia á ser de él conquistadora;
Y ve el indio tal vez tradición viva,
Llegar al rubio emperador ahora:
Y si no hijo del sol, del sol hermano
Le parece tal vez Maximiliano.

XXXVIII.

Lus ojos, de un azul más trasparente
Que el del cielo de México, se posan
Sobre la multitud tan francamente,
Que si ojos hay que provocarles osan,
Sondan bien la honradez benevolente,
La fé y la lealtad en que rebosan:
Los ojos del leal Maximiliano
Tienen la calma del valor cristiano.

XXXIX.

Rica de juventud y de hermosura,
Modelo de elegancia cortesana,
Iris augurador de paz futura,
Avanza la pareja soberana
Con benévola faz é intención pura
Entre la absorta turba mexicana;
Y recorrido ya el mayor espacio
De la carrera, avistan el palacio.

XL.

La milicia les rinde los honores
Que su alto rango y dignidad reclaman:
Polvo de oro y esencias entre flores
Sobre ellos al pasar francas derraman
Las damas mexicanas, en primores
Tales sin par; pero ¿por qué no aclaman
Las turbas espesísimas sus nombres,
Ni lanzan vivas en su honor los hombres?

XLI.

¿Por qué un grito espontáneo no levanta
México ante el cortés Maximiliano?
Al ver tal juventud y gracia tanta
¿Qué es lo que dice el pueblo mexicano?
"Que entra con mala sombra y mala planta:
Porque pone á su solio el soberano
Bayonetas francesas por alfombra
Y del pendón francés bajo la sombra."

XLII.

Los pueblos tienen siempre más instinto
Que las sesudas testas diplomáticas.
A éstas las llevan siempre á un laberinto
Sus elucubraciones sistemáticas;
Los pueblos ven su mal claro y distinto
Y hacen sobre él buen juicio y buenas pláticas:
Lo que en el solio México ve malo
Es el favor del inconstante Galo.

XLIII.

El pueblo es ignorante: nunca entiende
Sobre el papel discursos eruditos:
Mas por instinto su interés comprende,
Porque su instinto se lo dice á gritos:
Ni le alucina nunca quien le vende
Aunque le haga discursos muy bonitos:
Dijo la Intervención: "Paz, abundancia,
Imperio y ley" y el pueblo dijo: "Francia!"

XLIV.

México es hijo nuestro. Carlos quinto
Su primer rey con Francia se batía
Al poblar de españoles su recinto:
Al renegar de España nos veía
Con ella en guerra, y heredó ese instinto
Contra Francia en la sangre que hasta el día
Tiene nuestra; y la tiene aunque le ciegue
Su odio é ingratitud y la reniegue.

XLV.

Mas ¿la sombra de Francia es tan odiosa
Que torne descortés á un pueblo entero
Con una dama tan gentil y hermosa
Y un príncipe leal y caballero?
¿No queda de hoy en su carácter cosa
De su carácter español primero?
Republicano ó nó ¿puede á un saludo
México liberal quedarse mudo?

XLVI.

No: quedan, aunque ayer republicanas,
Raza de las hidalgas españolas,
Mil generosas damas mexicanas
Que, corazón y fe guardando solas,
Arrojan por balcones y ventanas
De oro y esencias y de flores olas:
Enviando con la ofrenda de sus manos
Sus almas á los nobles soberanos.

XLVII.

La mujer siempre es noble y generosa
En toda edad y pueblo: por instinto,
Es imparcial y justa: no la acosa
La política vil con su inextinto
Rencor: la mexicana cariñosa
Recibió al sucesor de Carlos quinto,
Porque su instinto femenil sentía
Por la pareja mártir simpatía.

XLVIII.

¡Sexo noble y leal, Dios te bendiga!
Dios por tu instinto fraternal te abone
Cuando el ruin odio que tu pueblo abriga
Contra la Europa tras la lid se encone:
Tú que tiendes no más tu mano amiga
Al que ahí Dios en el tormento pone,
¡Que Dios te tienda su Paterna Mano
Entre el pueblo al fallar y el soberano!

XLIX.

Fué una ovación al fin: frente el palacio
Al llegar, de ambas calles de Plateros
Las damas anublaron el espacio
Canastillos por él lanzando enteros
Sobre el silencio descortés, reacio
Y ofensivo á tan nobles extranjeros:
Una voz delicada y femenina
Hizo al pueblo estallar como una mina.

L.

"¡Viva el Emperador!" A par veloces
Son la electricidad y el entusiasmo:
Evocó aquella voz todas las voces
E hizo al pueblo salir de su marasmo:
Y aun los republicanos más feroces
Arrastrados sintiéndose con pasmo,
Rompieron, á su franca iniciativa
En un inmenso y estruendoso viva.

LI.

Como abriendo sus flancos de repente
Lanza un nublado en el barranco seco
Abierto entre dos montes un torrente,
En el ámbito azul del aire hueco
Lanzó aquel viva unánime, estridente,
Un torrente de ruido: á cuyo eco
Ondeó sobre la plaza y el palacio
La trama de la luz en el espacio.

LII.

Roto una vez su dique, el agua, el ruido,
Y el entusiasmo al fin se precipitan,
Y son inundación, trueno, estallido,
Frenesí, que arrebatan y que agitan
Cuanto al precipitarse han recogido:
Y así en México estallan, crujen, gritan
Y repican frenéticas y locas,
Salvas, campanas, músicas y bocas.

LIII.

Entraron en su alcázar entre flores
Y entre esta, aunque tardía, gigantea
Aclamación los dos Emperadores.
El sangriento color de su libréa
Fué el último de todos los colores,
Que vió la multitud que vitoréa:
Y el séquito imperial dejó en mis ojos
Del siniestro color lós visos rojos.

LIV.

Porque yo esperaba allí; yo conocía
La raza y el país; yo era extranjero
En él y huésped: mas nacido había
Hidalgo y español, y soy síncero,
Sentí por ellos honda simpatía:
Y ella tan noble y él tan caballero......
Me parecieron pájaros sin nido,
Que, por darse á volar, le habían perdido.

LV.

¿Por qué tienden á América su vuelo
Esta garza rëal de blanca pluma
Y este noble condor de ojos de cielo?
¿Qué es lo que esperan encontrar en suma
De la ya libre América en el suelo,
Si en la tierra infeliz de Moctezuma
No han dejado los vicios de los hombres
Sino males no más con buenos nombres?

LVI.

Vuelve á tu limpia Bélgica, Carlota:
Torna á tu Miramar, Maximiliano.
Llanto y sangre no más es lo que brota
Y espinas de oro el suelo méxicano.
De Austria y de Moctezuma os da ya rota
La corona imperial traidora mano.
¡Ay del que por malicia ó ignorancia
Os trae aquí bajo el pendón de Francia!

6

Libro Tercero.

(1865.)

I.

No se hartan de gozar la luz del cielo
Ni de aspirar el aromado ambiente,
Ni de pasear por el florido suelo,
Ni de admirar el lago trasparente,
Ni de escuchar la lengua, con anhelo
De comprenderla en boca de una gente
Que da al idioma varonil de España
Suavidad femenil que les extraña.

II.

Están pasando el vértigo del clima
Y aspirando el vapor que en él embriaga.
Desde el fondo del valle hasta la cima
Del volcán, cuanto en torno de ellos vaga,
Bulle á sus piés ó de ellos flota encima,
Les arrulla, les ciega y les halaga;
Su imperio es un edén que acotan montes
De incopiables paisajes y horizontes.

III.

Todo les enamora y les encanta,
Todo les ilusiona y les seduce,
La agua que brota, el pájaro que canta,
El eco que sus pasos reproduce,
La bruma que del agua se levanta,
La canoa que el lépero conduce,
El cantar que se pierde en lejanía,
La campana que anuncia el fin del día:

IV.

El ranchero, la china, el indio, el pinto,
Las damas, los ginetes, los carruajes,
Cuantas guarda de México el recinto
Muestras de razas cultas y salvajes,
Cuanto Dios en el gayo laberinto
Sembró de estos poéticos parajes,
Todo lo miran al través del velo
Que á México envolvió cuando fué cielo.

V.

Y á fe que de aquel valle incomparable
No habrá jamás quien la beldad conciba
Por lo que de él se escriba ni se hable,
Aunque de él con primor se hable ó escriba.
Su suave luz y su áura saludable
Nunca imaginará quien no reciba
Latentes en sus ojos y en su cara
Su oréo sano y trasparencia clara.

VI.

Desde el alcázar del antiguo Azteca,
Chapultepec donde el austriaco mora,
(Monte feraz que ni en estío seca
Ni deshoja en invierno ni desflora
Un clima igual que de estación no trueca)
De un ambiente á través que el sol colora
Con resplandor que alumbra y que no ofende,
La vista sobre México se extiende.

VII.

Se extiende sobre México y su rico
Valle: el más elevado que en la tierra
Como doble paisaje de abanico
Envuelve en marco circular la sierra.
Desde el volcán cuyo nevado pico
En pabellón de niebla el cielo encierra
Hasta el vago horizonte de Tlaxcala,
Hay un país al que ninguno iguala.

VIII.

Chapultepec, de los vireyes quinta
Sobre un añoso bosque se levanta,
Que le orla de esmeraldas como cinta
Puesta de reina india en la garganta:
De cuyo sacro bosque nunca estinta
La rumorosa soledad encanta
Música natural, que en son de fiesta
De sus pájaros mil le da la orquesta.

IX.

¡Con qué espansión de cándida alegría
El espléndido valle mexicano
Sale á admirar al despuntar el día
Desde CHAPULTEPEC Maximiliano!
¡Con qué infantil ingenuidad envía
Al vecino volcán como á un hermano
(¡De inocente placer cándido exceso!)
Un saludo cordial....tal vez un beso!

X.

¡La luz! Ante su albor rompe y se extiende
De los alegres pájaros la salva,
Mientras el crespón de las tinieblas hiende
Con alboréos trémulos el alba:
Y tras la niebla azul con que se prende
El Popocatepetl la frente calva,
Salta y derrama el sol la poesía,
La música y la luz del nuevo día.

XI.

Maximiliano aspira los aromas
Que exhalan de las curvas cordilleras
Los frescos valles y enyerbadas lomas
Llenos de alöes, cedros y palmeras.
Abajo azules bandas de palomas
Vagan del limpio lago en las riberas,
Espejo móvil en cuya haz se pinta
El cielo azul con incopiable tinta.

XII.

Y de él en rededor cien lugarejos,
Rancherías y fábricas y haciendas
Y santuarios blanquean á lo lejos,
Cual de disperso campamento tiendas.
Tras él Chalco y Texcoco, de los viejos
Heroes aliados de Cortés viviendas;
Y allá en último término el sombrío
Temeroso encinar de Río-frío.

XIII.

Allá, más hacia el norte, por encima
Del cerro á que su iglesia y su convento
De las lagunas por temor arrima
Guadalupe, se alcanza el opulento
Terreno de Apam; su cosecha opima
Es del fisco el más pingüe rendimiento:
Y á sus labriegos da renta de reyes
Con la miel y el licor de sus magueyes.

XIV.

Idólatras vijías de *los Llanos*,
Allí Teotihuacán pares levanta,
Geroglíficos mudos mexicanos,
Dos pirámides: montes que de planta
Amasaron los indios con las manos
Y que coronan hoy con la cruz santa:
Misteriosos y bárbaros troféos
Que tal vez recordaron al de Céos.

XV.

Allá, al sur, en la plácida vertiente
Del tajo que da paso á los jardines
De la amena y febril tierra-caliente,
Tlálpam, reina del juego y los festines,
Blanquea entre castaños y bullentes
Manantiales del valle á los confines:
Reina holgazana del país del vicio,
Con la baraja por blasón y oficio.

XVI.

Allá, al poniente, el gárrulo Cabrío,
Laberinto de chosas y frutales;
San Angel más acá, quinta de estío
Que aroman el azahar y los fresales,
Coyoacán, engastado en su bravío
Ceñidor de salvajes pedregales;
Y Ajusco, madriguera de ladrones
Al servicio de todas las facciones.

XVII.

Y en el centro del valle, chal chinesco
Prendido por sus puntas en la cresta
De la sierra, tapiz mullido y fresco
Sobre el cual duerme México la siesta,
Alza su limpio casco pintoresco
La capital junto á las aguas puesta:
Nardo que el lago juguetón salpica
Y perfumado el céfiro abanica.

XVIII.

Tranquilo... alegre... satisfecho... ufano,
Contempla de este Edén la perspectiva
Desde Chapultepec Maximiliano:
Y halaga sus oídos allá arriba
El rumor matinal, el son temprano
De la ciudad, que se despierta viva
Y amorosa entre música y aroma,
Como una hurí del cielo de Mahoma.

XIX.

Mas un día vendrá tras otro día,
Y se irá desgarrando el velo externo
Que cubre este país de poesía,
Y el volcán que bajo él fermenta eterno,
Y este Edén lleno de ámbar y ambrosía
Tornándosele irá lóbrego infierno.....
Y ¡ay del que á infierno tal su solio trajo
Dejando el cráter del volcán debajo!

XX.

Aquella capital, aquel perdido
Paraíso, aquel valle, aquella tierra
Sin par, que ha tiempo que ensordece el ruido
Y alumbra el fuego de intestina guerra,
Aquel jardín ayer de amores nido
Y hoy vivero de crímenes, no encierra
Ni una piedra labrada, ni una sola
Que no haya puesto allí mano española.

XXI.

Todo allí á voces nos recuerda ausentes:
Rótulos por doquier aun no borrados
Dicen en español á los presentes
Los nombres de las plazas, los mercados,
Las calles, las basílicas, los puentes,
Los cerros, los alcázares, los prados,
Los paseos, las fuentes, las haciendas,
Desde las carreteras á las tiendas.

XXII.

Sus casas con balcones, miradores
Y alcobas; sus refrescos, sus manjares,
Sus trajes, sus costumbres interiores,
La siesta; los refranes, los cantares,
Los bailes, las domésticas labores,
Hasta las inscripciones tumulares
Todo, desde el palacio á la cabaña,
Dice allí en español: "esto fué España."

XXIII.

Y *fué* la nueva España á donde un día
Cortés con el pendón de Carlos quinto
Llevó la religión, la monarquía,
Y el comercio, y la imprenta y el instinto
Social, que á la feroz idolatría
Antropófaga echó de su recinto,
Y en fin, la noble lengua castellana
Para entenderse con la raza humana.

XXIV.

Y en esa tierra hoy con ira ciega
Se invoca en nuestra lengua la doctrina
Monroe, y del origen se reniega
Español, y á los pueblos se alucina
Predicando otra fe que á saco entrega
Y al vilipendio nuestra fe divina,
Y se demanda en nuestra lengua bella
Que del nombre español no quede huella.

XXV.

México, sí, y la América española
Piden en español que al cielo unida
Alce el mar, cual un muro una grande ola
Que otra vez de la Europa la divida.
Y esa es hoy su política, la sola
Aspiración de su agitada vida...
Y eso es lo que no cree Maximiliano
Que se oculta en su valle mexicano.

XXVI.

Allí, en aquel edén que le enamora,
Cuyo incopiable panorama admira,
Cuyo almo sol bendice á cada hora
Cuyo aire sano con afán respira,
Cuyos recuerdos como artista adora,
Con cuya gloria y porvenir delira,
Se esconde torva y á traición le asecha
Hiedra feroz á las traiciones hecha.

XXVII.

Allí vela el dragón de mil cabezas
Que se llama política: serpiente
Monstruosa que se nutre de vilezas
Y se arrastra en el fango pestilente
De la ambición, do incuba las bajezas
Del servilismo hipócrita, sirviente
Vil de todo poder, de todo yugo
Inventor, y compadre del verdugo.

XXVIII.

La política, vieja prostituta
Que los crímenes todos apadrina;
De cuyo amparo protector disfruta
Todo audaz charlatán, toda doctrina
Venenosa: á quien da la fuerza bruta
Por muleta un fusil cuando camina:
Que de justicia y buena fe blasona,
De la inocente buena fe ladrona.

XXIX.

Allí está la política villana,
En aquel paraíso ya perdido
De la facciosa tierra mexicana,
Cauta en acecho del primer descuido
Del europeo Emperador, y ufana
De su ingenio sagaz, prostituido
En diez lustros de vicios y traiciones,
Hilvanando contra él conspiraciones.

XXX.

Allí están los sangrientos partidarios
De la alma libertad, que allí esclavizan
Los pueblos y saquean los santuarios:
Allí los que á los pueblos moralizan
Con löas á la fe y devocionarios,
Y las pasiones de su pueblo atizan;
Y en el nombre de Dios tocando á guerra
Y en el nombre de Dios roban la tierra.

XXXI.

Todos degolladores é incendiarios,
Con la misma ambición y el mismo encono
Evocan, de la tierra propietarios
Por ser santos principios en su abono:
Y unos con las campanas é incensarios
Y otros con el cañón tiran al trono:
Los dos partidos que al imperio atienden
Le combaten los dos, los dos le venden.

XXXII.

Ambos á las naciones extranjeras
Trabajan por burlar: las alucinan
Con el lema mendaz de sus banderas:
Ambos á dos las ciegan y fascinan
Con datos y memorias embusteras:
Y con falaz astucia ambos inclinan
En su favor de Europa á las naciones,
De engañarlas después con intenciones.

XXXIII.

De los crímenes mismos ambas réas,
Pagan corresponsales y emisarios
Que doren su desmán con las idéas
De que á sus jefes dan por partidarios:
Y las ciegas naciones européas
Abren en sus congresos y dïarios
De ambas en pro calientes discusiones,
Dando fe á sus hipócritas razones.

XXXIV.

¡Oh impudente política blasfema,
Del progreso social dique y carcoma,
Que los más santos símbolos por lema
De su ambición y su venganza toma!
¡Oh política vil, que el anatema
Y apoyo invoca de la Unión y Roma!
¡Tirana libertad, fe sin decoro,
Que hacen cómplice á Dios de su sed de oro!

XXXV.

Y el pueblo... la familia verdadera
Del pueblo.... el labrador, el artesano,
El que de la política está fuera,
El que produce y paga..... el pueblo sano,
La nación, nada del imperio espera;
Y hé aquí lo que no ve Maximiliano
En el infierno-edén donde confía
En paz hacerse bendecir un día.

XXXVI.

Unos pocos leales que sinceros
La fe le dan que la ambición le niega,
Unos pocos no más que, caballeros
Sabrán morir con él si el caso llega,
Guiar con mejor luz y por senderos
Mejores la fe intentan que les ciega;
Y hé aquí del nuevo imperio mexicano
Cómo es Emperador Maximiliano.

XXXVII.

Así sueña aquel príncipe en su trono
En restaurar á México, y se afana
Por dar al orden con la ley abono
En la fe confiando mexicana.
Ya sólo en un confín hierve el encono
De la errante facción republicana:
Mas ¿cuál el porvenir es de su imperio?
Encima de un volcán un cementerio.

XXXVIII.

La tradición monárquica perdida,
La religión católica befada,
La dignidad social escarnecida,
La hereditaria propiedad saqueada,
Nadie seguro en heredad ni en vida,
Todos queriendo todo hacer de nada,
Muerto el comercio, provocada Europa,
México es la anarquía viento en popa.

XXXIX.

Maximiliano al ir lleva consigo
La tradición histórica: el decoro
Social: la religión: la ley, abrigo
Y luz de la fe pública en el foro,
Y del instinto antisocial castigo:
La ilustración, el crédito y el oro
Que va tras él: todo esto representa
Allí: más nadie se lo toma en cuenta.

XL.

Maximiliano al ir, como cristiano,
Como europeo y culto y caballero
No tiende al cetro con afán la mano
Por sed de vanidad y de dinero.
Hacer del pueblo inquieto mexicano
Un pueblo grande y libre, un verdadero
Nuclëo de nación es lo que intenta.
¡Dios se lo tome en su justicia en cuenta!

XLI.

Para regenerar pueblo tan viejo
En la inmoralidad de la anarquía,
Le deben su favor y su consejo
La tradición, la fe y la monarquía.
Allí Maximiliano es el espejo
En que se ha de mirar la Europa un día:
De acíbar ó de miel, su imperio es copa
Que ha de apurar con él la vieja Europa.

XLII.

Roma arriesga con él su fé y su oro:
Su sangre el Austria y Bélgica: la Francia
Sus soldados, su fama, su decoro,
Su dinero y su actual preponderancia:
De su honor, su comercio ó su tesoro
Tienen algo á que dar fe ó importancia
Del imperio de México en la tierra
Cuantas nacïones hoy la Europa encierra.

XLIII.

Roma tiene una niebla ante los ojos,
Roma ha escuchado erronëos consejos,
Y ha cedido á políticos antojos:
Y aunque jamás sus ojos serán viejos,
Ha mirado al imperio con enojos
Y hoy de Roma está México más lejos.
El imperio es católico; en América
Por Roma lidia mal la Fe colérica.

XLIV.

MAXIMILIANO.

Madre, tú estás del mar al otro lado,
Y en el pueblo revuelto que dirijo
Han vendido tu hacienda en el mercado.
Madre, ilústrame tú: yo soy tu hijo.

ROMA.

Que restituyan todos: me han robado.

MAXIMILIANO.

Transije, Madre santa.

ROMA.

No transijo.

MAXIMILIANO.

Perdónales si nó.

ROMA.

No les perdono.

MAXIMILIANO.

El perdón base de la fe y el trono
Será; cede, acomódate.

ROMA.

No cedo;
Mi hacienda es la de Dios: no hay acomodo.

MAXIMILIANO.

Madre, es un laberinto en que me enredo.
Cedamos algo, ó lo perdemos todo.

ROMA.

Tú eres Emperador: yo nada puedo
Ceder: soy infalible.

MAXIMILIANO.

Pues me quedo,
Y por tí, buen católico, me inmolo.
¡A la merced de Dios!—Lidiaré sólo

Maximiliano en México batalla
Sólo; Roma lo vé... no puede.... y calla.

XLV.

Francia va á la cabeza de la Europa:
Hoy centro del comercío y de las artes,
Tremola con ventura viento en popa
Su glorioso pendón por todas partes.
Roma vive por ella: libre Italia
Venció al Austria por ella en Solferino:
África se la abrió: no vé la Galia
Cerrado á su valor mar ni camino.

XLVI.

Es gran nación: acaso la primera:
Pero no se hará amar en tierra alguna
Porque en todas incómoda extranjera
Jamás se identifica con ninguna:
Porque audaz, petulante y altanera
Es hasta á sus amigos importuna:
Y creyendo á sus pies la tierra entera
Siempre al fin se la vuelve la fortuna:
Cuando da humilla, cuando ampara ofende
Y pára en ser vendida, si no vende.

XLVII.

MAXIMILIANO.

Francia, ampárame bien, ó no me ampares.

FRANCIA.

Yo mando: soy la fuerza de tus manos.

MAXIMILIANO.

Yo quiero la razón en mis ogares.

FRANCIA.

Yo te avasallaré á los mexicanos.

MAXIMILIANO.

Yo me los haré amigos: sus altares,
Su patria, míos son: son mis hermanos.

FRANCIA.

No te amarán.

MAXIMILIANO.

Abdicaré.

FRANCIA.

La vida
Juegas: partiré antes.

MAXIMILIANO.

¡Tú!

FRANCIA.

Sin duda:
Francia no debe errar ni ser vencida.
Tú eres el responsable.

MAXIMILIANO.

Tal ayuda
Es traición.

FRANCIA.

Pero es mía la partida.

MAXIMILIANO.

Mi fe ante el mundo y ante Dios me escuda

FRANCIA.

Por ella morirás.

MAXIMILIANO.

Lo sé y me inmolo.
¡A la merced de Dios!—Déjame sólo.

Y sólo, ejemplo de leal constancia,
Lidia con la República sin Francia.

XLVIII.

Inglaterra....va sola. Comerciante
De escasa propiedad de tierra ingrata
Al labrador, isleña navegante,
De la marina universal pirata,
Ni cree que hay otro Dios, ni por delante
Lleva más su política que plata:
Toda revolución la da intereses:
Y revuelta nación, pesca de ingleses.

XLIX.

Y el drama de interés más palpitante
Que ha puesto nuestra época en escena,
Es el drama de México: anhelante
La Europa asiste á él: de encono llena,
La América española está delante
Del proscenio agitándose: serena
Al parecer la Unión calla arrogante,
Mas la opinión del público envenena

Hábil y sutilísima intrigante;
Y espera el desenlace, que condena
A América ó á Europa eternamente
El mercado á perder de un continente.

L.

Y hé aquí la incierta situación del drama
Del cual en su alma el buen Maximiliano,
Sin conducir la acción, teje la trama.
¡Dios al final le tenga de su mano!
Él no conoce á México y le ama:
Monarca liberal, por ciudadano
Se tiene ya del pueblo que le llama
Señor, y de su pueblo por hermano.

LI.

México empero, ingrato americano,
De gérmenes viciados amalgama,
Se hartará del amor de un Soberano
Que paz en cambio de su amor reclama:
Le venderá, calumniará su fama
Y le hará al fin (si con furor villano
Su generosa sangre no derrama)
Caer y huir llamándole tirano.
Y él, del árbol de Hapsburgo noble rama,
Sólo, privado del favor romano,
Y de la Unión y Francia ageno al dolo,
Si vence Emperador, vencerá sólo;
Sólo caerá si cáe.... mártir cristiano.

LII.

Porque ¡es verdad! la Francia le abandona
Como á un desheredado aventurero;
Y él que de noble príncipe blasona,
Queda sólo, á probar al mundo entero
Que acepta, rey leal, buen caballero,
De Emperador ó mártir la corona.
¿Será al fin en su solio mexicano
Mártir ó Emperador Maximiliano?

LIII.

¡Dios, único que vez en lo futuro
Y que lees en las almas; Juez Supremo
Del súbdito y del rey; único puro
Y en quien no cabe error....yo debo y temo
De su siniestro porvenir oscuro
Llegar con él hasta el ignoto extremo....
Yo no temo morir en tierra extraña:
Mas no quiero morir sin ver á España.

LIV.

....
....
Oye ahora, Alarcón:....yo le he seguido
Por todas las escenas de su drama.
Su abnegación me asombra: su fe mido
Por ella, y su fe muda mi fe inflama.
Por su poder magnético atraido
Marcho tras él: mi corazón le ama:
Y Emperador ó mártir, triunfe ó muera,
No perderá de vista su bandera.

LV.

Por qué? quién soy? qué valgo? qué supongo?
¿Qué la añade, qué pesa en su fortuna
Que en la balanza de su imperio pongo
Mi fe? ¿Presumo de importancia alguna?
Nó, Pedro mío, nó: quien en su tierra
Ni en la nuestra imagine que bravéo,
Ni que *por algo* superior me créo,
Ni necesario á nadie, ó miente ó yerra.

LVI.

Yo no seré jamás, ni nunca he sido
Mas que una voz lanzada en el espacio
Por Dios, mi Criador: un vagaroso
Murmullo, el casi imperceptible ruido
De un átomo sonoro, desprendido
Del ruido universal, que en el reposo
Nocturno exhala su fugaz sonido,
A la luz de esas chispas de topacio
Que al mundo alumbran cuando está dormido;
Un eco que en América perdido
Maximiliano oyó, y en su palacio
Le hizo sonar porque halagó su oído.
Ay!... y ni áun le halagó por su armonía,
Sino porque en América le oía!

LVII.

Eso soy: eco que precipita
Del aire hueco por la extensión

La voz amante de una alma errante,
Que necesita cantar constante
La fe inmarchita de un corazón.
¡Voz vagabunda, santa ó precita,
Tal vez oriunda de la maldita
Sima profunda del hondo averno,
Del que no alegra la noche negra
Ni un rayo pálido, ni un dulce son!
¡Voz tal vez de alma de fe infinita;
Mas que sin calma gime y se agita
Cumpliendo un plazo de expiación:
Viendo á lo lejos la luz bendita
Y en torno errante de la mansión,
Que con reflejos de gloria inunda
La faz radiante del Sér Eterno,
En cuya palma posa y gravita
Viva y fecunda la creación!

LVIII.

Voz solitaria que consonante
Con cuanta varia modulación
Lanzan al viento esos millones
De vagos sones que, en reunión
Forman (aliento del mundo vivo)
El son solemne, perpétuo, activo
De su perenne respiración,
Inquieta gira, de todo ruido
Que va perdido loca se inspira;
De toda extraña voz se acompaña:
De todo eco hace reproducción.

LIX.

Y aguda, lenta, tierna, vibrante,
Ronca, violenta, triste, exaltada,
Fresca, espirante, cóncava, ahogada,
Trémula, llena, vaga, sonora,
Desesperada, desgarradora,
De gozo y pena rara expresión,
Trina, suspira, murmura, llora,
Gorgéa, ruge, retumba, canta,
Ondéa, muge, deleita, encanta,
Conmueve, inspira, mece, enamora,
Arrulla, hechiza, crispa, amedrenta,
Pasma, electriza, hiere ó espanta,
Conforme aumenta, mengua, se auyenta,
O se adelanta ó se acrecienta,
Según lanzada ó aparëada
Va despeñada con la cascada,
O arrebatada con la tormenta
Del aire cóncavo por la región.

LX.

Ya susurra en las hojas de olmos y cañas;
Ya entre las algas flojas, las espadañas
Y el liquen de los lagos y las montañas;
Ya exhala con las aves gorgéos suaves;
Ya eleva con la fuente rumor bullente
Y burbugéos vagos de agua corriente:
Ya silba entre las grietas de los breñales;
Ya zumba en las veletas y en los cristales
De alcázares, castillos y catedrales....

LXI.

Y al fin rodando de soto en soto,
de vega en vega, de coto en coto,
Se va alejando de monte en monte,
Y hasta el mar llega, que el horizonte
Cierra en su círculo sin solución;
Y con sus ondas de orlas redondas
Da notas hondas, cuyo hondo son
Sobre las olas, que por sí solas
Nacen, renacen, y se deshacen,
Y otra vez se hacen, y se rehacen
En su perpétua reproducción,
Se desarrolla, comba y ondéa,
Hierve, borbolla, flota, cimbréa,
Bulle, se mece, boga, se aleja,
Del agua encima llevar se deja,
Ya se aproxima, ya desparece;
Se va: se acrece: retumba, vaga,
Vibra, se apaga: reaparece,
Se desvanece; y al fin fenece
Flébil y exhausto su último son
Entre las nieblas con que la bruma
Da á las tinieblas fleco ondulante,
Antes que errante y agonizante
La luz se suma, cuando la sorbe
La noche densa bajo su inmensa
Sombra flotante, que sirve al orbe
De pabellón....

Y allá á lo lejos entre el sombrío
Tul del vacío, ya sin reflejos
Que le den pálida coloración,
Aun el oído cree oir predido
De su sonido la vibración....
Y es de la espuma
Burbujadora
Que le devora
La ebullición.

LXII.

Y eso soy: nada más.—De orgullo ajeno,
Extraño casi al mundo en que respiro,
Yo no soy mas que un átomo que sueno,
Y en el silencio de la noche giro
Del aire azul en el vacío seno;
Vibro un instante en él, y en él espiro.
Y eso es no más lo que mi sér encierra:
Y hoy no soy mas que el son fugaz, liviano
Del eco de su nombre, que en la tierra
Dejará tras de sí. Maximiliano:
Y con este papel, en que de lleno
Su llanto y fe mi corazón derrama,
Ni blasono de ser, ni á ser aspiro
Mas que el sincero é íntimo suspiro
De un corazón que agradecido le ama:
El ¡ay! postrero de la voz amiga
Que tras su solio ó su sepulcro diga:
¡Viva el Emperador!" al fin del drama.

SEGUNDA PARTE.

Libro cuarto.

FE Y PATRIA.

AGOSTO, 1866.

I.

Yo he visto á Dios su protectora mano
Tenderme sin cesar: cuando rujía
Voraz bajo mis piés el ocëano,
Cuando el cañón que frente á mí crujía
Cubría de cadáveres el llano,
Cuando hervía la peste.... ¡yo vivía!
Y el que así vive, la bondad eterna
Reconoce, cree en Dios y se prosterna.

II.

Y años há que en América le pido
Que si me ha de matar en tierra extraña,
No me hunda allá en el polvo del olvido
Sin dejarme tornar á ver á España.
Y mi voz ha llegado hasta Su Oido;
Pues Su Amparo visible me acompaña.
¿Cómo nó, si por medio de María
En América á Dios me dirijía?

III.

Y vuelvo al fin. Con su favor los mares
Y las tierras crucé.—¡Salvo, tranquilo
De peligros, aunque harto de pesares,
Vuelvo hoy á entrar en el caliente asilo
Del patrio hogar y los paternos lares.
Siento de afán mi corazón en vilo
Y no late, que salta de alegría!
¡Ya aspiro el aire de la patria mía!

IV.

Hé aquí ya la frontera: ya es el viento
Español el que oréa mis facciones.
¡Con qué delicia penetrar le siento
Y dilatar mis ávidos pulmones!
Su soplo abre mi alma al sentimiento
De pasadas memorias y afecciones.
¡Patria, tus áuras de recuerdos llenas
Se llevan las memorias de mis penas!

V.

Ya aquí tienen las gentes otro porte
Y el país otras fábricas y otro arte.
Alto!—llaves, registro, pasaporte:
La tierra aquí con el francés se parte.
¡¡España!... ¿que hay aquí que no soporte
El que antes de morir vuelve á besarte?
Vamos! ya el conductor la fusta empuña:
Ya partimos...., ya estoy en Cataluña.

VI.

¡¡España! ¡fuera ya pesar y afanes!
España ¡fuera ya tiros franceses!
¡Ah bravos postillones catalanes!
¡Ah valientes caballos montañeses!
¡Á escape!—¡galopad como huracanes;
Corred hasta que salten los arneses!
Corred ¡mare de Deu! aunque volquemos
Corred... ya á Dios aquí tentar podemos.

VII.

Así!—No hay que cuidarse del camino.
Adelante está Dios, y atrás se queda
Ebrio de rabia nuestro mal destino.
¡Así! poder de Dios, que polvareda!
¡Que nos crea la tierra un torbellino:
Que no toque en su haz ninguna rueda!
Corred!.... Mare de Deu de Monserrate,
Solo aquí temo que el placer me mate.

VIII.

Oh qué hermoso país! qué brava gente!
De aquí sacó sus heröes audaces
Rojer de Flor para asombrar á Oriente:
Aquí hicieron paisanos pertinaces
Guerra á España y á Francia juntamente.
De todo aquí los hombres son capaces:
Un patrón catalán de un mal falucho
Dar vuelta al mundo en él no cree aquí mucho.

IX.

Oh qué hermoso país!—Aquella sierra
Tan pintoresca, original y extraña,
Sobre cuyos crestones abre y cierra
La niebla una fantástica maraña
Que rasgan viento y sol con ella en guerra,
Aquella es la romántica montaña
Que cobija en su centro solitario
Virgen de Monserrate, tu santuario.

X.

¡Tórtola casta que en el monte anidas,
Lirio fragante qne en las peñas creces,
Madre que en vela de tus hijos cuidas
Y á Dios te encargas de elevar sus preces!:
Tú que á ninguno én el afán olvidas,
Y amparo á todos en el riesgo ofreces,
Santa Madre de Dios de Monserrate
Á quien oré en el mar y en el combate:

XI.

Virgen del monte, á cuyo auxilio santo
Debo el tornar á ver el patrio suelo;
La primera oración; y el primer canto
Que al ver cumplido mi ferviente anhelo
Á Dios en mi honda gratitud levanto,
Te confío: dirígeles al cielo!
Yo ofrecí al otro lado de los mares
Venirles á poner en tus altares.

XII.

Iris de tu poética montaña,
Estrella tutelar de Barcelona,
Empresa de su escudo en la campaña,
Santo florón de su condal corona,
Antes que vuelva á abandonar á España
La ofrenda te traeré que hoy no me abona:
Obra debe de ser de mis afanes
Si me la han de estimar tus catalanes.

XIII.

A Castilla! al hogar en que he nacido!
Quiero ver la ciudad y los lugares
De mis recuerdos infantiles nido,
Antes que torne, pájaro perdido,
Solo á morir allende. de los mares.

XIV.

SEPTIEMBRE.

Esta es Valladolid.... ¡al fin la veo!
¡Con qué placer.... como la luz primera
Cuando en ella nací. ¡Dios mío! creo
Que vuelvo hoy á nacer. Espera, espera
Cariñosa amistad! solo un paseo
Por la plaza, una vuelta por la acera—
Déjame este aire respirar: deseo
Beber las dulces aguas de esta fuente
De mis recuerdos, y bañar mi alma
En el remanso tibio y trasparente
Que hace, con ellas resbalando en calma,
Del tranquilo Pisuerga la corriente.
Déjame... quiero hablar con estas piedras
Y abrazar estos árboles, y ansioso
Besar estas paredes de que yedras
Son mis dulces memorias, y reposo
Tomar en estos bancos en que un día
Mal estudiante á divagar venía.

XV.

Con cuán profunda gratitud recibo
El premio de volver al patrio suelo!
Después de tantas desventuras vivo!
¡Con qué dulce placer halla mi anhelo,
Al cruzar la ciudad que me dió cuna,
Los lugares queridos, los rincones

Que conservan aún por mi fortuna
Su antígua faz: conozco los portones
Que para mí se abrían; los umbrales
De las casas amigas: los balcones
Donde amistad ó amor me han esperado
Enviándome á través de los cristales
Sonrisas y esperanzas.... ¡Sombras bellas
Que un día ante mis ojos han pasado
Dejando solo en mi memoria huellas!
Estos son los palacios ya rajados
Que áun blasonan heráldicos escudos
Con regia profusión lambrequinados;
Jeroglíficos hoy áun no borrados
Mas para el pueblo de hoy rótulos mudos.

....
....

Aquellas son las torres bizantinas
Del buen Don Per-Anzules....en mi oído
No olvidado jamás, vibrando ha ido
El son de sus campanas argentinas.

XVI.

¡Qué esta es Valladolid! Fábricas nuevas
Banco, teatros, fuentes, adoquines,
Canal, ferrocarril....; y mis esguebas?
Y mis prados de ayer?... plazas... jardines;
Pero, oh noble amistad! dónde me llevas?
Yo recuerdo estos curvos callejones:
Conozco esos antiguos caserones....

Esta es la calle de terreno escasa
Donde mis muertos padres han vivido:
Y esa.... ¡qué existe aún!... esa es la casa
Donde á mi vida inútil he nacido.

XVII.

¿Sueño? No sé lo que en mi alma pasa—
¡Qué oigo! me tienen el placer sin tasa
En mi patria á mi vuelta prevenido!
La casa en que nací! ¿huésped en ella
Hoy?—A sus puertas bendecirte quiero,
Nueva y santa amistad, que en mis hogares
Me haces hoy encontrar, sobre la huella
De mis recuerdos cándidos de niño,
Sus primitivos genios familiares:
Y una familia nueva, un verdadero
Nuevo paterno hogar donde el cariño
Noble, leal, simpático y sincero
De una afección sin cortesano aliño
Me brinda para el tiempo venidero,
De sensaciones íntimas tesoro,
Con un amor de corazones de oro
Que anuda al mío voluntad de ACERO.

XVIII.

....

....

Luces, ruido ¡esto más? músicas, flores
Y coronas y vítores y ofrendas!

¡Dónde, cuándo gané tales honores!
¡Dónde ha de conservar tan caras prendas
Quien debe de volver á tierra extraña
Sólo y triste á morir lejos de España!
Esa gloria me espanta
Y me fascina al par: porque esa gloria
Aquí á mi faz levanta,
De ese templo al mirar la puerta santa,
Contra mí mi conciencia y mi memoria.
Esa Iglesia... ¡ay de mí! de ella contemplo
Salir en larga y silenciosa hilera
Todos mis años idos.... triste ejemplo
De una existencia inútil, que va entera
A cáer en la honda eternidad mañana
Sin costar una lágrima siquiera,
Sin dejar en la tierra una alma hermana
De sus dichas y duelos compañera.

....

....

Aquí vine á nacer: en ese templo
Santo me bautizaron.... "pues espera,
"Andrajo de oropel de gloria humana,
"Átomo errante de rumor inútil,
"Insaboro raudal, manojo fútil,
"De palabras de lengua castellana,
"Espera aquí.—¡Prostérnate altanera,
"Ruin y vacía vanidad mundana!....
"¡De rodillas, orgullo, de rodillas!

'Haz algo bueno alguna vez, villana
"Vanagloria procaz, y ora sincera.
"Qué vales, polvo vil, si no te humillas?
"Prostérnate: yo soy tu fe cristiana:
"Obedece: en mi voz te habla lejana
"La voz del huracán de las Antillas
"Y el eco de las tumbas de la Habana!"

XIX.

Virgen de San Martín á cuyas plantas
Casi muerto al nacer recibí un día
Del agua bautismal las gotas santas:
Tú que vida me diste en la agonía,
Tú que mi fe sostienes, y levantas
En alas de mi fe mi poesía,
Luz de mi inspiración, en tus altares
Acepta tú mis últimos cantares.

XX.

FEBRERO—21—1867.

¡Madre del Hombre-Dios y Madre mía!
Cuando el Cristo en el Gólgota espiraba,
A la raza de Adán por quien moría
De tu amor al amparo encomendaba.
Desde que ví á tus piés la luz del día
Hoy medio siglo de cumplirse acaba:
Madre, tras medio siglo de pesares,
Vuelvo al pie de tu altar á que me ampares.

XXI.

¡Madre buena del triste y del que llora...
No desoigas mi voz, no me abandones!
Recuerda que tu fe consoladora
Inspiró desde niño mis canciones:
Sólo, con mi arpa y con tu fe, Señora,
Crucé de medio mundo las regiones:
Y hoy del mundo á través con mis cantares
Me trae mi fe á tus piés á que me ampares.

XXII.

A sombra de tu torre bizantina
Del vientre de mi madre me sacaron;
Desde el nicho en que estás, tras su cortina
Viste cómo á tus piés me bautizaron,
A tu materna protección divina
Mis padres al nacer me encomendaron:
La primera oración que en mis hogares
Aprendí fuí á rezarla en tus altares.

XXIII.

Mi madre.... (¡desdichada madre mía!
¿Quién el futuro mal nos predijera?)
Mi madre me enseñaba y yo aprendía
De tus dolores la epopeya entera:
Mi madre dió su fe á mi poesía,
Yo uní el tuyo á su amor con fe sincera;
Ella murió abrevada de pesares,
Y yo vuelvo por ella á tus altares.

XXIV.

Infeliz, madre mía! en tedio y duelo
Vivió por mí sus postrimeros años.
Yo abandoné mi hogar áun muchachuelo
Del mundo por correr tras los engaños:
Ella por mí á tus piés oraba al cielo
Mientras corría yo climas extraños.
¿Y á quién debí salvar tierras y mares
Si no fué á su oración en tus altares?

XXV.

¿Quién si nó tú y por quién si nó por ella
Pudo velar por mí en la tierra extraña?
A quién debo si nó la fausta estrella
Que en mi loca existencia me acompaña?
¿A quién debo las flores que mi huella
Do quiera pisa cuando vuelvo á España?
¿Y dónde si nó al pie de tus altares
Debo poner mis lauros y cantares?

XXVI.

¿Por quién si nó por tí me han respetado
La fiebre, el mar, el cólera, la guerra
Y el odio que á mi raza inveterado
De otra en el ciego corazón se encierra?
Al llegar y al volver, me han alfombrado
Allá de flores como acá la tierra;
Y ¿quiénes son los genios tutelares
Que enfloran para mí tierras y mares?

XXVII.

Tras mí dejo mi huella, madre mía,
Marcada por do quier con sepulturas:
Cuantos darme quisieron compañía
Murieron en mis locas aventuras:
Dejo á los que allí me aman todavía
Un porvenir de sangre y desventuras:
Y á través de tan múltiples azares
¡Sólo incólume yo vuelvo á mis lares!

XXVIII.

¿Quién si nó tú me guarda, Virgen Santa?
¿Quién á mi bien si nó tu amor me guía?
¿Quién conserva la voz en mi garganta?
¿Quién mantiene la fe en mi poesía?
¿Quién hacia Dios mi espíritu levanta?
¿Quién mi alma acojerá en mi último día?
La historia de mi vida y mis cantares,
Tienen principio y fin en tus altares.

XXIX.

Y hé aquí toda la historia de mi vida:
De esta vida que áun mima la fortuna,
Toda en el vicio por mí mal perdida,
Las horas he perdido una por una.
Tan solo la oración por mí aprendida
De mi madre en los brazos en la cuna
No olvidé, ni he perdido en tus altares
Mi fe y vengo con ella á que me ampares.

XXX.

Pródigo me dió el mundo sus placeres,
Su gloria el suelo me alfombró de flores,
Amé y me amaron mucho las mujeres,
Me embriagó la fortuna de favores,
Me honraron de la tierra los poderes,
La fama me aclamó con los mejores:
Áun me corona el mundo en sus altares,
Mas yo vengo á tu altar á que me ampares.

XXXI.

La gloria y el favor son polvo y humo:
Las coronas del mundo son de espinas:
No hay laurel que no tenga amargo zumo,
No hay aura sin moléculas dañinas:
No hay triunfo colosal ni éxito sumo,
Sin envidias rastreras y mezquinas:
Con mis coronas vengo á tus altares
De mi gloria mortal á que me ampares.

XXXII.

Madre, yo reconozco mi bajeza,
Yo sé mi pequeñez y mi ignorancia.
Salva del rudo escollo en que hoy tropieza
El barquichuelo ruín de mi importancia.
Libra de humo que embriaga mi cabeza,
Salva á mi corazón de mi arrogancia:
Pues vengo en bien y en mal á tus altares,
Ni en el mal ni en el bien me desampares.

XXXIII.

Madre, hoy en prenda de mi fe, en tus aras
Vengo á colgar humilde mis coronas:
Prendas son, madre, para mí muy caras,
Mas áun debo partir á extrañas zonas.
Por si allá por recónditas y raras
Razones y desdichas me abandonas,
Y me pierdo y las pierdo en mis azares......
Guardalas, madre mía, en tus altares.

XXXIV.

Y aquellos que pusieron á mi planta
O en mi sien esos lauros y esas flores,
Diles que frases no hay en mi garganta
Conque agradezca yo tales honores:
Y si en mi fe no creen...¡oh Virgen Santa!
Si me juzgan ingrato á sus favores....
Madre mía y del Cristo, á tus altares
Vendré de su injusticia á que me ampares!

XXXV.

¡Virgen Santa, cuyo amparo
Guardó allá mi inutil vida,
Guarda en mi alma dolorida
Las semillas de tu fe:
Pues tu amparo á mí es tan claro,
Mis coronas bajo él dejo:
Ya sin raza....sólo....y viejo
¿Para quién las guardaré?

A los jóvenes redactores de "LA CRONICA MERCANTIL" de Valladolid.

XXXVI.

Vosotros los que flores y cantares
Me echais al paso al regresar á España,
Perdonadme la hiel de los pesares
Que hace muda mi voz, mi faz uraña.
Escusad que postrado en los altares
Conjure al genio ruín que me acompaña:
Dejadme hablar para calmar mi duelo,
Antes que con vosotros con el cielo.

XXXVII.

Hermanos que acatais mis piadosos
Votos, dejadme orar, pues sois cristianos;
Pues españoles sois, sed generosos
Conmigo, y tolerantes como hermanos.
Dejadme, tras veinte años azarosos,
Que alzando al sol de mi país las manos,
Vuelva de calma con afán profundo
El corazón á Dios, la espalda al mundo.

XXXVIII.

Esto que oso decir sé que es extraño;
Que puede apenas perdonarse solo
A la honda convicción del desengaño:
Mas yo á mi fe mi vanidad inmolo.
Sé también que es encubridor amaño
Hoy tal vez la piedad y la fe un dolo;
Que al par que la ambición á la fe adula,
Con la fe la política especula.

XXXIX.

Mas mi fe no es hipócrita ni artera,
Ni á político bando pertenece,
Ni á sombra del favor medrar espera,
Ni adula á la opinión porque enriquece
La pluma. Creo en Dios con fe sincera,
Y me humillo al favor que me enaltece:
Y el que no crea que con fe lo digo,
Vuelva á la mar y á México conmigo.

XL.

Venga conmigo al mar, y en la crujiente
Nave que el agua con furor azota,
Y que arrebata el huracán rujiente
Y que va ya desarbolada y rota,
Alzará como yo al Omnipotente
Con voz exhausta su oración devota,
Pidiéndole no más con hondo anhelo
Un punto azul en el perdido cielo.

XLI.

Venga conmigo á la nación que en guerra
Civil grita há diez lustros ¡muera España!
Y en aquel pueblo y en aquella tierra
Que no producen mas que odio y cizaña:
Al Dios se volverá que allí le encierra
En tal sentina de doblez y saña:
Y si le vuelve Dios libre á Castilla.
O apostató de Dios ó se arrodilla.

XLII.

Vosotros que del vil materialismo
Guardado habeis vuestra alma castellana,
Y del frío é hipócrita egoismo
Que roen hoy la sociedad humana,
Que creeis en la fe que hay en mí mismo,
Que no dudais en mi humildad cristiana,
Sed mi mundo vosotros, sed mi escudo
Contra ese mundo ante quien paso mudo.

XLIII.

¡Oh hermanos míos! mi honra y mi esperanza
Encomendados dejo en vuestras manos;
Si mientras por las vegas del Arlanza
Voy mis deberes á cumplir cristianos,
De la calumnia ó el rençor me alcanza
Algún dardo traidor, rompedle, hermanos:
Y cuando muera, de mi fe en abono,
Decid á mi agresor que le perdono.

XLIV.

A dar un adios último á Castilla
Voy en la inmensidad de mi tristeza.
Debo volver del mar á la otra orilla:
Si voy....de no tornar tengo certeza.
Vosotros que sondais por qué se humilla
Coronada de flores mi cabeza,
Sancionad mi silencio con el mundo
Sin dar razón de mi pesar profundo.

XLV.

Me cantan por do voy, y no respondo:
Me aplauden por do quier y paso mudo
Como un espectro que devuelve el fondo
De su tumba á la luz hosco y ceñudo:
Me buscan mis amigos y me escondo:
Me saludan las damas y el saludo
No devuelvo..¡velad por mi conciencia
Mientras cumplo hasta el fin mi penitencia!

XLVI.

***Marzo 13.

Mis padres yacen aquí:
Antes de volver al mar,
Voy en su sepulcro á orar
Por si el mar me traga á mí.
Sin mí les cogió la muerte,
No escuché su último adios,
Quiero dejar de los dos
Recogido el polvo inerte.
Me dejaron al morir
Sin hacienda y sin hogar:
Y yo les quiero dejar
Un panteón en qué dormir.
¡Con qué emoción, con qué afán
Por el cementerio adentro
Penetro!...pero no encuentro
Sus sepulcros....¿dónde están?
Al guardián octogenario
Demando ¿que ha sido de ellos?
Y me heriza los cabellos
Con un cuento funerario,

"Sus huesos ha removido
"Tantas veces mi azadón,
"Que Dios sólo en el montón
"Sabe ya cuyos han sido."
—¡Rompiste sus tumbas!
—Sí:
Tu padre me lo mandó.
—¡Él!
—¿No sabes eso?
—No:
Cuéntamelo.—
—Escucha.
—Di.

....
....
....
....
....

XLVII.

....
....

¡Oh política maldita,
Cuya ciega fe insensata
El amor del padre mata
Y á los hijos se le quita!
¡Maldita sea en la tierra
La política opinión
Que echa á Dios del corazón
Y á los hijos se le cierra!

XLVIII.

Espíritu, que ya en calma
Duermes en la eternidad,
¡No veas la soledad
Que me has dejado en el alma.
Hé ahí lo que pido á Dios:
Que nunca ver te permita
La desventura infinita
Que has dejado de tí en pos.
Mucho erré en mi juventud:
Mucho errando te ofendí;
Mas....¡ni áun dejas para mí
Tu polvo en el ataúd!
¡Tanto, padre, tu amargura
Te cegó el alma y los ojos,
Que me dejas tus enojos
Fuera de tu sepultura!
Bien hecho está lo que me has hecho:
Yo me avengo á tal castigo.
¡Dios para hacer tal conmigo
Te acuerde cual yo derecho!
¡Síno fué de ambos fatal!
Condenados á él nacimos:
Y nunca nos comprendimos
Y el bien se nos tornó en mal.
Fama y oro para tí
Gané con fortuna rara....
¡Y me volviste la cara
Cuando á ofrecérteles fuí!

¡Tal odio á la poesía!
Rechazaste hasta una losa
En que escribiera piadosa
Un epitafio la mía:
Y ella tu hacienda empeñada
Con sus versos ha pagado,
¡Pobres versos que has odiado!....
Por ellos no debes nada.
¡Yo soy quien los odio ahora;
Pues por ellos he perdido
Esta vida que he vivido
Día á día, hora por hora!
Mis versos son un cordel
Que me aprieta el corazón:
¡Dios me echó la maldición
De ahogar mi dicha con él!
Y por ellos me condena
Tal vez á dar honra y vida
Por una causa perdida
Empeñada en tierra agena.
Mas ¿qué importa ya el lugar
Ni el por qué pueda morir
El que no supo lograr
De su padre hacerse amar,
Ni con su padre vivir,
Ni sucederle en su hogar,
Ni sus huesos reunir
Bajo una cruz tumular

Donde ir por él á llorar
Y á Dios por él á pedir?
¡Maldita tal poesía
Causa de tal desventura!
¡Y que haya una criatura
Que aun tenga en algo la mía!
¡Que aun haya en la tierra un hombre
Que envidie como laureles
El talco y los oropeles
Con que empenachan mi nombre!
¡Vivas ruindades mezquinas!
Mi única venganza fuera
Coronaros si pudiera
Con mis coronas de espinas.
¡Jamás el alma os taladre
De la mía el duelo sumo!
Yo vago entre ruido y humo
Paria sin raza y sin padre.
Maldita sea la opinión
Política por la cual
Ahogó el amor paternal
El mío en su corazón.
Jamás bando seguiré:
Mas si uno á seguir me obligan,
No será el de los que sigan
El que de mi padre fué. .
Pobre padre! partidario
De la ingratitud moriste

Obcecado, pobre, triste,
Y olvidado y solitario.
  Y tu obcecación fatal
Hizo tu opinión tan brava,
Que hasta privarme intentaba
Del cariño maternal.
  Dios no te lo permitió:
Mi madre á Dios por su hijo
Pidió.... y lloró.... y me bendijo....
Y me amó y me perdonó.
  Mi madre en mis manos deja,
Por tú no cuidarte de ellos,
De sus hermosos cabellos
Una perdida guedeja.
  No lo supiste jamás,
Y es la única herencia mía.
No he preguntado hasta el día
Si había de ella algo más.
  Lazo que siempre llevé
Sobre el corazón sujeto,
Ha sido santo amuleto
Que le dió esperanza y fe;
  Y hoy dos que á mi madre amamos
Sus cabellos repartimos,
Y los dos la bendecimos,
Y los dos por tí rogamos:
  Pero pidiéndole á Dios
Que á tu alma ver no permita
La desventura infinita

Que nos dejas de tí en pos.
  Por mí, padre, bien has hecho:
Yo me avengo á tal castigo:
Dios para hacer tal conmigo
¡Te acuerde cual yo derecho!
  Tu política tenaz
Te humilló y te empobreció:
En sus promesas falaz
Te abandonó y te olvidó.
De sentimiento incapaz
El corazón te secó:
Y en tedio amargo y voraz
Lejos de mí te mató.
La política mendaz
Fué la que te descarrió.
Espíritu, duerme en paz:
Contra tí...... ni Dios ni yo.
  Mi poesía tenaz
Los plazos por tí cumplió:
En sus promesas veraz,
Del olvido te sacó:
De una inmensa fe capaz,
Mi cariño te guardó;
La política mendaz
Que no me contaminó
A ser te arrastró, falaz,
Ciego sí, mal padre nó.
Espíritu, duerme en paz.
Erraste tú, pequé yo.

XLIX.

Dios, que las conciencias ves,
Sé para mi padre ciego:
La pena de ambos te ruego
Que á mí en la tierra me dés.
Sirva á ambos de expiación
La existencia solitaria
Que he llevado como un paria
De la civilización.
Dígnate en cuenta tomar
Que los versos que él maldijo
Son Sanbenito que el hijo
Penitente ha de llevar.
Y que toma en cuenta ten
Por igual como favores
Los silbidos y las flores
Que por sus versos le den,
Y en cuenta ten que, en su afán,
Con esos versos malditos
Se ha de ir confesando á gritos
Y mendigando su pan.
Dios mío! aunque yo infeliz
Viva mucho, y mal acabe,
Yo solo de entrambos lave
Hasta el último desliz.
Dame de mi posición
Conocimiento profundo,
Para no ser en el mundo
Fariséo ni bufón.

Dame ¡Dios mío! humildad
Que en la eternidad me abône,
Y como Tú me perdone
Mi padre en la eternidad.

L.

Villa en que heredar debí
Casa y fincas solariegas
Y que hasta el polvo me niegas
Del barro de quien nací;
Adios!—Pues ya para mí
No hay en tí lecho, ni hogar,
Que derecho á reposar
Vivo ni muerto me acuerde
En él....¡á Dios!.....¿qué se pierde
Con que me pierda en el mar?

LI.

Deja la tierra, corcel,
De este lugar tras de tí.
¡Hasta las piedras en él
Manan lágrimas de hiel
Y vergüenza para mí!
Corre, que ya esta carrera
Va á ser tal vez la postrera
En que tus lomos me das:
Corre y dejemos atrás
Toda su comarca entera.

Corre; y de correr no ceses
Hasta dar en las campiñas
Y los valles Burgaleses:
Atropella por sus mieses,
Atraviesa por sus viñas.
Corre; ya veo á lo lejos
De sus cerros solitarios
Los ruinosos castillejos,
Y los gayos campanarios
De sus pardos lugarejos.
Ya entramos en su distrito:
Corcel, tu paso contén
Por aquí; que necesito
Buscar aquí un pueblecito
Que para mí es un edén.
Castilla, cuyos castillos
Hoy en escombros abruman
Tus débiles lugarcillos,
Y cuyas ruinas perfuman
Las salvias y los tomillos:
Te llevé fotografiada
Por donde fuí en mi memoria;
No he olvidado de tí nada:
Jornada sé por jornada
Toda tu tierra y tu historia.
Héme aquí en terreno amigo;
Conozco el rumbo que sigo
Palmo á palmo: sí, allí están

El hidalgo Villodrigo
Y el moro Villaquirán.
  Allá Pampliega en el cerro
Que su alta nobleza abona,
Alzando una cruz de hierro
Do llevó Wamba á un encierro
Su cabeza sin corona.
  Aquí la vieja Celada
A cuyos piés agua corre
Del Arlanza descauzada:
Y allá Torre la almenada,
Y allí Santiuste sin torre.
  Allá detrás de una cuesta
Veo de Villaldemiro
La iglesia en un cerro puesta;
Y de aquel pico en la cresta
Los restos de Muñó miro.
  ¿Quién así te maltrató
¡Oh Muñó! en ausencia mía,
Que tan pobre te dejó
De las piedras con que un día
Torrëado te ví yo?
  ¡Pobre Muñó! á duras penas
Conozco ya tus cimientos:
Y tus torres con almenas
Y tus puentes con cadenas
Son ya un cuento de mis cuentos.
  ¡Pobre Muñó! todavía
Por tus recuerdos te adoro;

Y no está lejos el día
En que halle mi poesía
En tus ruinas un tesoro.
¡Pobre Muñó! tú me distes
En mi juventud abrigo,
Y debo hoy que envejecistes
Probarte que en mí adquiristes
Entonces un buen amigo.
Solo te queda un cantar
Que recuerda tu fin triste;
Y yo sé como evocar
A alguien que pueda contar
A tu pesar lo que fuiste.
Pero.... ¡Adios!—No formes queja,
Muñó, si adelante sigo
Entre Arroyo y Villavieja:
Que pararme no me deja
Un afan que va conmigo.
Voy á buscar un lugar
En donde tengo un altar
En el que antes de morir
Quiero á mi ángel tutelar
Evocar y bendecir.
Allí tras aquella loma
Al pie de una torrecilla
Blanca como una paloma,
Las pardas tejas asoma
De sus casas Quintanilla.

¡Bendito el pobre lugar
Donde mi madre nació!
¡Bendito el modesto hogar
Donde la luz á mirar
Sus negros ojos abrió!
¡Bendito el aire que aliento
Inspirando en su pulmón,
La dió vital sentimiento
Con el primer movimiento
Que imprimió á su corazón!
¡Bendita sea la estancia
De esta casa oscura y fría,
Donde durmió en la ignorancia
Angelical de la infancia
El sueño del primer día!
¡Bendita sea la campana
Con que tocó á su bautizo,
Y la fuente de que mana
El agua con que cristiana
El sacerdote la hizo!
Madre á quien idolatré,
Y con quien nunca viví,
Y cuya vida amargué....
¡Porque tal mi sino fué......
Porque Dios lo quiso así!
Madre, de cuyo cariño
Tan pocos años gocé,
De quien me apartaron niño,

Y á quien, indócil lampiño,
Yo obcecado abandoné:
  ¡Con cuánto afán busco ahora
Cuanto dejaste tras tí!
¡Con cuánta fe mi alma adora
Cuanto imagino, señora,
Que guarda algo tuyo aquí!
  De estas llaves y aldabones
De ventanas y portones
Se aseguraron tus manos,
Y sobre estos escalones
Tus piececitos enanos.
  Bajo este envigado techo
Sonó aquella voz tan suave
Que salía de tu pecho:
Que Dios para tí había hecho,
Como el canto para el ave.
  En este rincón tenías
Tu lecho casto y modesto:
Y aquí ante la luz ponías
El espejo en que veías
Tu faz, y tocado honesto.
  Por estas calles pasaste,
Por estas eras corriste,
En esta iglesia resaste......
¡Madre, por qué no me ahogaste
Cuando la vida me diste!
  ¿Por qué de la madre tierna

No pudo más el amor
Que la vanidad paterna,
De quien nos tuvo el rigor
En separación eterna?
¿Por qué á extraños al fiar
Mi padre mi educación,
Antes que á tu hijo soltar,
No te dejaste arrancar
Los brazos y el corazón?
¿Qué necesidad había
De lanzarme al mundo vano,
A mí que adorado habría
La ignorada medianía
Del labrador castellano?
¿Qué nos importaba en él
Con humos de alta nobleza
Salir á hacer un papel,
Si en la alma se torna hiel
El humo de la cabeza?
¡Aquí hubiéramos vivido,
Madre, los dos tan felices!
Nos hubieran mantenido
Tan bien sin gloria y sin ruido
Nuestros granos y raíces!
Te hubiera aquí sin cesar,
Pues que tu solo hijo fuí,
Día y noche hasta espirar
Al calor de nuestro hogar
Tenido yo junto á mí.

Nadie hubiera de mí hablado,
Ni me hubieran aplaudido,
Ni me hubieran coronado,
Ni en su cámara sentado
Me hubieran reyes tenido......
Pero hubiera sido honrado,
Y feliz hubiera sido,
Viviendo siempre á tu lado
Por tí en tu hogar cobijado
Como el pichón en su nido.
Mejor que en tierras extrañas
En mesas de Emperadores,
¡Oh madre de mis entrañas!
Comiera yo en sus cabañas
Pan tuyo con tus pastores;
Y cuando tus ojos Dios
Cerrado hubiera á la luz,
Al morir yo de tí en pos,
Bastara para los dos
Una tumba y una cruz.
¡Delirios!—Hacia la mar
Se arrastra ya mi deber.
Adios, villa! Adios, hogar,
Que á ella la visteis nacer
Y á mí venirla á llorar!

LII.

Virgen Santa de Muñó,
Soledad de Quintanilla,
A quienes mi madre y yo
Orábamos cuando aun no
Se hablaba de mí en Castilla,
Pues que ni vivió conmigo,
Ni he de tener al morir
Con ella en la tumba abrigo,
Abreviadme ¡ay! el castigo
De mi vida porvenir.
Pues no me podeis volver
Ni á la oscuridad de ayer,
Ni á la calma de mi hogar,
Ni á la que en él me dió el sér......
¡Enviad tormentas al mar!
Que del buque en que á él me lance
Vaya un huracán en pos,
Y en él de mi muerte el trance
Tan solo á saber alcance
El mar en que le hunda Dios!

Libro quinto.

¡VÆ VICTIS!

EN LA CATEDRAL DE BURGOS.

JUNIO–19–1867.

I.

Honda inquietud el alma me atribula,
Vago terror el corazón me prensa:
Miro al cielo, y el aire que le azula
Ennegrese á mis ojos niebla densa:
Sondéo el porvenir, y se acumula
En su horizonte empestad inmensa;
Quiero cantar, y el llanto me sofoca:
Orar, y no hallo preces en mi boca.

II.

Vuelvo tras larga ausencia á ver á España
Con el placer que un náufrago la orilla,
Y me acoje al volver de tierra extraña
En su regazo maternal Castilla:
Mas un genio fatal que me acompaña
Mi lengua anuda y mi cabeza humilla,
Y mal mi pecho en su pavor alienta,
Y de pesar mi corazón revienta.

III.

¿Qué es de mi gratitud y mis cantares?
Vuelvo tal vez sin alma y sin aliento,
O desdeño la tierra y los solares
Do fuí feliz y amé y viví contento?
¿Dejé mi alma allende de los mares
Y quedaron allá mi fe y mi acento?
No, todo en mi alma por Castilla aboga:
Es mi duelo interior el que me ahoga.

IV.

Algo á mí superior me paraliza,
Mi inspiración poética impotente
Torna, y mi pobre ingenio esteriliza:
No brotan las ideas en mi mente,
Mi voz mi antigua fe no vigoriza,
Presa del miedo el corazón se siente,
Y la tristeza que me röe el alma
Silencio exige y soledad y calma.

V.

A través de los mares, de un amigo
Espero oir la voz, y.... ¡tarda mucho!
En vano tras sus nuevas me fatigo,
La tierra exploro y el silencio escucho:
Y en la esperanza que de oirla abrigo,
Con mi pavor desesperado lucho.
¿Qué es lo que oculta en México, ¡Dios bueno!
Este silencio de amenazas lleno?

VI.

¡Insoportable afán! La noche oscura
No trae ya para mí la paz del sueño:
De día entre las gentes con premura
Páso como visión de torvo ceño:
Me enoja quien consuelos me procura:
Frío, el amor y la amistad desdeño,
Y espero de esperar desesperado.
¡Oh si estuviera el globo taladrado!

VII.

Tanta nueva invención.... tanto adelanto!
Tanta electricidad, telegrafía,
Globos, vapores.... ¡y silencio tanto
Y tanta soledad.... tanta agonía!
¡Y no poder en mi inquietud, Dios santo,
La pena revelar del alma mía!
¡Y creer en tí, buen Dios, con fe sincera
Y no poderte ni rezar siquiera!

VIII.

Porque yo vengo al templo y sin rezarte
Que estoy hincado ante tu altar advierto,
Que está mi pensamiento en otra parte,
Y que con frases para orar no acierto:
Y mis vagas ideas ni aun del arte,
Con el primor multíplice divierto:
Yo, que entro en esta Catedral bendita
Y el mundo de delante se me quita.

IX.

Yo que he venido á ella pequeñuelo
Con mi madre infeliz, que me enseñaba
A oir la misa y á invocar al cielo:
Mientras yo, ignaro aún, solo saciaba
De ver el templo mi infantil anhelo,
Y sus palabras santas no escuchaba;
Y en lugar de atender al sacrificio,
Admiraba encantado el edificio.

X.

Yo que por fe, placer, arte y costumbre,
Cuando de Burgos la ciudad habito,
Vengo á soliviantar la pesadumbre
Del corazón en su ámbito bendito:
Y esquivo la devota muchedumbre
Aquí cual fuera la mundana evito,
Para dejar que se apacente el alma
De triste paz y religiosa calma.

XI.

¡Cuán poético es Dios! y cuán poético
Es un templo católico, que encierra
Cuanto conmovedor, grande y magnético
Podemos concebir sobre la tierra:
Desde el libro y el cántico profético,
Hasta el grosero material de tierra:
Desde la prueba real hasta el misterio;
Todo, desde el bautismo al cementerio.

XII.

La Catedral de Burgos, maravilla
Del arte, de la tierra castellana
Gloria y joyel, y fuera de Castilla
Muestra sin par de fábrica cristiana,
Es el templo ojival donde más brilla
La fe de una nación en su arte humana;
Modelo de arte y fe, yo la contemplo
De ellas á par como museo y templo.

XIII.

Percibe en sus católicos santuarios
La presencia de Dios el alma mía:
Aspira en sus andenes solitarios
Inspiración y fe mi poesía:
Exaltan sus prodigios estatuarios
Al éxtasis tal vez mi fantasía....
Con la imaginería de un retablo,
Delirando tal vez plática entablo!

XIV.

Sólo á quedarme en su recinto espero
O á él cuando solo le supongo acudo:
Y olvidándome aquí del mundo entero,
Aquí al arte y á Dios adoro mudo:
Sonrío á los relieves del crucero;
Los bustos de los túmulos saludo:
Canto en el coro, beso los altares,
Y abrazo las estatuas y pilares.

XV.

Y platico en espíritu á mis solas
Con cuantos en su fábrica pusieron
Las manos. Con sus mitras y sus colas
Vienen tras mí arzobispos y arcedianos,
Salen con sus perillas y sus golas
A hablarme con sus obras, castellanos
Y extranjeros á un tiempo, entalladores,
Plateros, arquitectos y escultores.

XVI.

Sanchez, Diego de Silöe, Vallejo,
Gil, Barruguete, el Borgoñón, Camargo...
Toda gente leal del tiempo viejo
Que vivirá en la historia tiempo largo,
Salen conmigo á plática ó consejo
Rompiendo un punto su mortal letargo,
Y á hacerme imaginaria compañía
Dándoles voz mi ignara poesía.

XVII.

La Catedral de Burgos abre ahora
De consuelo á mi espíritu un tesoro:
Aquí ve á Dios mi alma, aquí le adora,
Aquí su amparo omnipotente imploro:
Y en la inquietud aquí que me devora,
Por los que en riesgo están le ruego y lloro;
Y aquí á solas á Dios pregunto en vano,
¿Qué es ¡oh buén Dios! del buén Maximiliano?

XVIII.

Aquí frente á la mágica escultura,
Obra de Borgoñón incomparable,
Me siento á ver cerrar la noche oscura
Al umbral del cancel del Condestable:
Y espero que del Cristo la figura
De su relieve se desprenda y hable;
Y le pregunto en mi delirio insano,
¿Qué es, buén Jesus, del buén Maximiliano?

XIX.

Todas las tardes vengo: todas miro,
Mientras hay luz, el Cristo del relieve:
Y en vano todas á sus piés suspiro,
Porque ni me habla el Cristo ni se mueve.
Todas esperanzado me retiro
De que alguna por fin moverse debe
Y darme nuevas de *él*.... ¡delirio insano
De mi afán por el buén Maximiliano!

XX.

Es una tarde parda; centelléa
El sol entre los cárdenos celajes
De un aplomado nubarrón que ondéa
Ante él, cuyos flotantes cortinajes
Entoldan su fulgor; amarilléa
Desgarrándole el sol por mil parajes
Con mil rayos de luz de cuando en cuando:
Mas el nublado ante él se va cuajando.

XXI.

Penetran en las naves, por los huecos
De sus ojivos dobles agimeces,
Los relámpagos vagos y los secos
Truenos roncos aún: siéntese á veces
De las hondas capillas á los ecos
Ir por las insondables lobregueces
El trueno á repetir que afuera zumba
De rincón en rincón, de tumba en tumba.

XXII.

A la luz temerosa y fugitiva
Del rápido relámpago brillante
Los arquitraves en que el templo estriva
Vacilan desquiciados un instante.
Toda imagen de altar salta de él viva:
No hay busto que no marche ó se levante,
Pareciendo en redor por un momento
Toda inmovilidad en movimiento.

XXIII.

Parece la calada cristería
De los arcos y nichos ojivales
Ondulante y flexible encajería:
Las verjas y barreados barandales
Lanzas de militar caballería
Que avanza en escuadrones desiguales:
Y los tubos del órgano salientes,
Crestas de grifos, colas de serpientes.

XXIV.

Tórnanse á su fulgor los rosetones,
Ojos de leviatán que parpadean:
La labor de hojarasca y canelones,
Reptiles que en los muros culebrean:
Las capillas profundas, pantëones
Donde libres los muertos se pasean:
Las ventanas de vidrios losanjeados,
Hornos de salamandras atestados.

XXV.

Al lejano rumor de un ronco trueno,
Miles de voces de invisibles bocas
Pueblan del aire el impalpable seno,
Incoherentes, gárrulas y locas.
Allí resuena un ¡ay! de angustia lleno,
Allá muge un torrente entre las rocas,
Allá el crujido del incendio estalla,
Allá rompe el clamor de una batalla.

XXVI.

Gime allí un moribundo que se queja,
Allá rechina un cable que se amarra;
Una ráfaga silba en una reja,
Una tela se rasga en una barra,
Canta en una cornisa una corneja.......
Y el ruido del turbión que se desgarra,
En los huecos del órgano gorjéa,
Bufa, muge, relincha y cacaréa.

XXVII.

Del trueno al són y al resplandor del cielo
Nada queda sin voz ni yace inerte.
¡Un relámpago!....y pueblan aire y suelo
Móviles bultos mil—¡un trueno!..y vierte
Su voz en él mil ecos de odio, anhelo,
Triunfo, terror, placer, victoria ó muerte.
Pasan....y pasa cuanto suena y gira,
La calma torna y el rumor espira.

XXVIII.

¡Cuán poético es Dios! qué poderosa
La fe del creador catolicismo,
Que de grandeza artística rebosa
Al enunciar el pobre cristianismo,
Con esa sencillez maravillosa
De quien tráe su poder consigo mismo!
¡Cómo atrae, cómo exalta el alma mía,
Oh santa Catedral, tu poesía!

XXIX.

Bendita sea, sí, bendita sea
La religión sublime cuyo culto
Todas las artes en glosar emplea
Su sentido simbólico y oculto:
Haciendo por do quier que el pueblo vea
Su tradición histórica de bulto
En iglesias, imágenes y fiestas,
El sentimiento para herirdispuestas.

XXX.

¡Qué fe, qué inspiración, qué poesía
Aspira en esta nave solitaria
Exaltada esta tarde el alma mía!
¡Cómo en este primor de imaginaria
Del Borgoñón Felipe me extasía
La escena angustiadora y tumultuaria,
En que la imagen de Jesús divina
Inocente al patíbulo camina!

XXXI.

¡Oh poder misterioso, oh fe del arte!
En esta maravilla de escultura,
Se ve que el hombre en su alma tiene parte
De aquella esencia creadora y pura
Con que Dios le hizo á él: Dios la reparte
En almas aptas á crear, y dura
En sus obras la chispa creadora
A cuya luz quien cree las ve y adora.

XXXII.

Esa imagen del Cristo que camina
Por el ageno crimen al suplicio,
De ese pueblo feroz que le asesina
Y le escarnece audaz entre el bullicio....
Del pueblo que hoy ante él se arremolina
Para verle marchar al sacrificio,
Como ayer á aclamarle se agolpaba
Cuando triunfante en la ciudad entraba,

XXXIII.

Hace en mí una impresión inesplicable.
Esa escultura al contemplar, me siento
Extasiado en un doble é inefable
Artístico y piadoso arrobamiento.
Paréceme imposible que no hable
Ni se ponga ese cuadro en movimiento:
Y la figura mística del Cristo
Me hace acordar....de un hombre á quien he visto.

XXXIV.

Libre de culpa y de virtud ejemplo
Contempla al Redentor mi fe cristiana...
Mas... ruje el huracán fuera del templo,
Y á intervalos la imagen soberana
A la luz del relámpago contemplo.
Esa escultura ¡aberración insana!
Me hace acordar del buén Maximiliano
A merced del furor republicano.

XXXV.

Estalló al fin la tempestad violenta:
El viento las vidrieras extremece;
Y desencadenada la tormenta,
Que va á arrancar la Catedral parece.
Culebrea el relámpago: revienta
El trueno: el agua cáe: desaparece
La luz.... ya no distingo las figuras
Santas de las marmóreas esculturas.

XXXVI.

¡Qué tempestad, Dios mío!... ¡qué medrosa
Soledad! Vago y temeroso ruido
Llena la oscuridad, que pavorosa
Por capillas y naves se ha extendido.
Estremécese el suelo en que reposa
La fábrica maciza al estallido
Del trueno, y del relámpago á la llama
La tenebrosa oscuridad se inflama.

XXXVII.

Qué efecto tan fantástico producen
En mi imaginación las llamaradas
De luz intermitente, que introducen
Su fulgor en las bóvedas sagradas,
Y á sus puntos más lóbreg os conducen
Olas de luz sulfúrea descarriadas
Que, al alumbrar los lóbregos rincones,
Les pueblan de fantásticas visiones!

XXXVIII.

Es la primera vez que me amedrenta
La soledad de un templo, y que me espanta
La voz con que habla Dios en la tormenta.
Siento algo que en la sombra se adelanta:
Algo percibo que en la sombra alienta:
Presa me siento de pavura santa....
Cree mi fe... aunque mi espíritu fluctúa...
Que un misterio en la sombra se efectúa.

XXXIX.

¡El relámpago!... ¡Dios! ¿qué es lo que he visto
En el cuadro de piedra? tengo miedo—
A la fulgúrea luz creí del Cristo
Ver la figura andar.... mover no puedo
Los pies. ¡Otro relámpago!... ¡oh resisto
En vano á la evidencia... el rostro ledo
Volvió hacia mí la imagen... No respiro
De pavor.—¡Oh prodigio! Yo deliro.

XL.

Esa escultura vive!—una armonía
Imperceptible casi en ella suena,
Que de santa y febril melancolía
El embargado espíritu me llena.
Un incoloro albor de opaco día
Comienza á herir la escultural escena:
Y á su mística luz la piedra inerte
En visión á mis ojos se convierte.

XLI.

Todo en el cuadro escultural se mueve:
Las figuras de piedra se adelantan
Detrás del Salvador, con pie tan leve
Que rumor con sus pasos no levantan
Al marchar por el campo del relieve.
No oso á Jesús mirar, porque no aguantan
Mis pupilas la luz y la belleza
De su gloriosa y celestial cabeza.

XLII.

Del cuadro, tras Jesús, desvaneciendo
Se van del Borgoñón las esculturas,
Y de Jerusalén á él van saliendo
Por la puerta de piedra otras figuras:
Cuya presencia bien aun no comprendo,
Mas de quienes por bustos y pinturas
De relieves, sepulcros y paisajes
Reconociendo voy los personajes.

XLIII.

Cuanto la fe, el valor y la grandeza
De la España á la América eslabona
Pasa ante mí: la histórica nobleza
Que recibió á Colón en Barcelona;
Fernando é Isabel que á su cabeza
Ciñen ya de ambos mundos la corona;
Y Beatriz Galindo la Latina,
Entre Guttennberg y Colón camina.

XLIV.

Los monjes de la Rábida, el aliento
De la fe de Colón, de quienes queda
La memoria en el gran descubrimiento:
Juán de Grijalva y Álvarez Pineda,
Modelos de constancia y ardimiento
Con Vespucio, Solís, Pinzón y Ojeda:
Y el Papa que los mares con su mano
Partió, cual Dios del mundo soberano.

XLV.

Luego tras de Cortés los compañeros
De su sin par homérico heroismo.
Las-Casas, con los santos misioneros
Que llevaron la luz del cristianismo
Á la idólatra México: primeros
Mártires del rencor, el egoismo
Y la ambición fatal de una raquítica,
Torpe, y errónea y suspicaz política.

XLVI.

Carlos quinto, ya monje, del convento
Con el traje claustral, su dinastía
Austriaca trae en pos, con paso lento,
Torva faz, y mortal melancolía.
Cuantos al trono ó á la fe alimento
Dieron ó gloria á México algún día,
Los obispos, los jueces, los vireyes
Que le dieron fe, paz, gobierno y leyes.

XLVII.

Los mercaderes íntegros y honrados
Que luego opulentísimos señores,
Fueron en sus incultos despoblados
De ciudades y puertos fundadores.
Los que dieron el nombre á sus estados,
De su vida social los creadores
Dando á las tribus bárbaras indianas
La honradez y la lengua castellanas.

XLVIII.

Todo este lento y silencioso bando
De evocadas históricas figuras,
Se va sobre el relieve colocando
En lugar de las santas esculturas:
Y un ancho semi-círculo formando
Y del paisaje ampliando las anchuras,
Del postigo de piedra el paso franco
Dejan, y en frente de él un cuadro blanco.

XLIX.

Yo no sé qué de horrible me acongoja
Viendo en el cuadro el pórtico judío,
Al que un poder incógnito despoja
De sus figuras ante mí vacío.
Yo no sé qué de horrible se me antoja
Que va á salir por él: marmóreo frío
Como acceso febril me sobrecoje;
El corazón no late y se me encoje.

L.

Mis pupilas devoran el oscuro
Hueco cancel de la ciudad impía,
Que libre deja en el judío muro
La evocación ante la vista mía.
Siento tras él un paso igual, seguro,
De tropa.... héla allí ya.... una compañia
De rifleros.... ¡Dios mío.... yo me pierdo
De ese tren militar tras un recuerdo!

LI.

¡Sueño, visión, delirio... los antojos
Disipa con que el alma me acongojas!
Sondar me aterra lo que ven mis ojos:
De lanzas y de sables hierros y hojas...
Rojas... divisas.... uniformes rojos..
¡La libréa inperial!... no... ¡blusas rojas!
¡Forman el cuadro! ¿Quién? ¡delirio insano!
Él!... es ÉL! ¡mi infeliz Maximiliano!

LII.

Prisioneros con él sus generales
Dentro del cuadro... Miramón, Mejía...
Los últimos.. los únicos leales
Al pendón de la hundida monarquía!
¡Vivos! Fué vuestro afán! Sois liberales
Los que bebeis su sangre á sangre fría!
Él me ve... me sonríe... se adelanta
Hacia mí... me va á hablar ¡víctima santa!

LIII.

Habla, te escucho; que en mi oido suene
Tu simpática voz mansa y serena
Por la postrera vez, aunque me llene....
Aunque me parta el corazón de pena.
Háblame aunque la vida me envenene
Tu última frase de amargura llena.
Pon fin á la agonía con que lucho:
Habla.... aunque sea un sueño: ya te escucho.

LIV.

MAXIMILIANO.

"Oye: la tierra entera me abandona.
"Dios sea juez de los que á tal abismo
"Me han arrastrado: mi alma les perdona!
"Dios me basta: aquí en paz conmigo mismo
"La tradición histórica me abona,
"Acompáñame el viejo cristianismo,
"Y asisten á mi muerte desastrada
"La fe y la gloria de la edad pasada.

LV.

"Francia.... se hizo á la mar: Roma me olvida;
"Pero pierden conmigo estas regiones:
"La Iglesia queda tras de mí vendida,
"Muertas las europeas tradiciones.
"Lo que México mata no es mi vida:
"Lo que á la boca aquí de sus cañones
"Tiene de su república la tropa,
"Es la vida en América de Europa.

LVI.

"Conmigo aquí que su poder abdique:
"De los Hapsburgos hostia expiatoria,
"Que la posteridad me justifique.
"Ni una palabra tú. Dios y la historia
"Hablarán: deja á Dios que me vindique:
"Mas si vuelve á Carlota la memoria...
"Conocerá tu voz...día que muero
"Cristiano, Emperador y caballero."

LVII.

Dijo así: saludóme con la mano;
Tomó lugar entre sus dos leales
Mejía y Miramón, Maximiliano,
Y ofreció á los fusiles liberales
La noble faz y el corazón cristiano.
Precisión militar juntas é iguales
Las armas asesto contra su seno:
¡Fuego!—dijo una voz—y estalló un trueno.

LVIII.

Sueño, visión, delirio... á su estallido
Todo se disipó: letargo breve
Me embargó: y al volver despavorido
De él, trémulo de afán miré el relieve.
Sus figuras de piedra no han perdido
Su inmóvil posición: nada se mueve:
La lluvia cesa, el huracán se calma...
Queda la tempestad solo en mi alma.

LIX.

¡Oh leal monarca bueno,
Que pudiendo tu persona
Rescatar con tu corona
Arrojándola á la mar,
De egoismo ruín ajeno,
De tu buena fe en abono
Tu cabeza al pie del trono
Preferistes arrojar;

LX.

Como en Cristo en tí han befado
De una ley las tradiciones,
Y el error de las naciones
Te arrastraron á expiar:
Como á Cristo te han llevado
A traición al sacrificio,
Mas como Él en el suplicio
Encontrastes un altar!

LXI.

¡Santo mártir! ¡Cuál sería
De tu espíritu la pena
Al morir en tierra agena
Como infame salteador!
Yo te veo en tu agonía
Como á Cristo en el Calvario
Espirando solitario,
De tu raza redentor.

....
....

LXII.

De tu crónica funesta
Viva página arrancada
Para dar, por Dios salvada,
Testimonio de tu fe,
Con mi voz desde la cresta
De un peñasco de Castilla,
Como el buho y la abubilla
Las tinieblas turbaré.

LXIII.

Y si al són de sus cañones,
Presa en guerra ya cercana,
Olvidar puede mañana
Europa al Emperador,
En los viejos paredones
De su albergue castellano
Llorará á Maximiliano,
Mientras viva, Su Lector.

LXIV.

Dios, que libras las naciones
Y las cargas de odio y yugos;
Dios, que Juez de los verdugos
Y las víctimas serás,
Dios, que el sello á todo pones,
Yo á tus piés por ÉL orando
No venganza te demando....
¡Dios, justicia nada más!

EPILOGO.

LXV.

Oye, pueblo sagaz, republicano,
Que llevas "Dios y libertad" por lema,
Tu Dios es un vil ídolo: en su insano
Furor de Dios tu libertad blasfema.
Tiene la libertad limpia la mano
De oro y de sangre: su equidad suprema
De la equidad de Dios es santa hermana.
¿Es esta libertad la mexicana?

LXVI.

No lo es: tu libertad liberticida
Se ceba en los vencidos, atropella
La libertad que en la conciencia anida
De quien difiere de opinión con ella:
Al que encomienda á su merced la vida,
Por el afán de degollar, degüella:
Y va, cual hiena vil, con el insulto
A hozar con el cadáver insepulto.

LXVII.

La libertad es generosa: empieza
Por lidiar y vencer; triunfa y perdona:
Solo acepta del alma la nobleza,
Odia la tiranía y la destrona.
La tuya les arranca la cabeza
Por quitar á los reyes la corona;
México audaz de regicidio réa,
Si esa es tu libertad, ¡maldita séa!

LXVIII.

Oye, México, aún: Maximiliano
No tendrá vengadores en la tierra:
Mas deliras si sueñas que tu mano
Le hizo tu prisionero en buena guerra.
No: Dios te le entregó: y es un arcano
De su Justicia que en su Juicio encierra.
No tienen en la tierra vengadores
Los que cual CRISTO y ÉL son Redentores.

LXIX.

Dios de su raza redentor le ha hecho
Y ÉL sus crímenes viejos ha expiado;
Tú, con las balas que le envíaste al pecho
Cuanto á Europa te liga has fusilado;
Todos los lazos mutuos haz deshecho:
Mas tal nudo al romper con tal pecado,
Olvidaste en tu cólera insensata
Que muere á hierro quien á hierro mata.

LXX.

Lo sabes como yo: Maximiliano
Tu corona en las sienes no se puso
Por propia voluntad; ni fué tirano
Ni usurpador en México ni intruso:
Fué á engañarle un partido mexicano
Diciendo que era su nación: fué iluso,
Fué víctima: vivió y murió tu amigo:
Y es venganza su muerte, no castigo.

LXXI.

Mas tu odio á Europa te arrastró muy lejos:
Tu libertad con él has fusilado,
Y en lugar de romper tus grillos viejos
Otros grillos más duros te has forjado.
Escuchaste del Yankee los consejos,
Y del Yankee en la red te has enredado:
Pues tanto odias tu sangre de Europea......
¡Ojalá seas Yankee y yo lo vea!

LXXII.

¡Ojalá seas Yankee y luterana:
Porque para llegar hasta ese día
Has de arrojar la lengua castellana,
La religión del Hijo de María.
Y tu ruin libertad republicana
En el vil lodazal de tu anarquía:
Y sin fuerza, sin honra y sin altares,
Entregarás al Yankee tus hogares.

LXXIII.

Pero el Yankee jamás será tu hermano,
Ni irá á la par contigo: no lo esperes.
Dueño una vez del suelo mexicano
Se apropiará tus minas y placeres:
Te obligará á sembrar para él tu grano
Y dará á sus colonos tus mujeres,
Porque tu raza india hallará féa......
¡Ojalá seas Yankee y yo lo vea!

LXXIV.

¡Ojalá pronto tu anexión reclamen
Los Estados-Unidos, pueblo iluso!
Y has que á su madre en español no llamen
Tus hijos, siervos ya del Yankee intruso,
Y odio en la leche de su madre mamen
Al padre vil que en su poder les puso.
Es la ley del talión, nación ingrata:
A hierro muere quien á hierro mata.

LXXV.

Desparrama tus hordas liberales
Por tu suelo infeliz republicano:
Y que borren las últimas señales
Que hay en él de Español y de Cristiano,
Borrando en tus banderas nacionales
Tu "Dios y Libertad" en castellano:
Porque ¡oh nación de deicidio réa!
Dios con tu Libertad no se aparéa.

LXXVI.

¿Un pueblo independiente y soberano
Quieres ser?— el derecho está en tu abono:
Mas eres más sacrílego y tirano
Que el rey peor que se sentó en un trono.....
¡Asesinas al buen Maximiliano,
A la Europa, tu madre, por encono!
México en ÉL de parricidio réa,
¿Esa es tu libertad?—¡maldita séa!

ADICIÓN DEL LOCO COMENTADOR

LXXVII.

Oye, Roma política y mundana;
Si apegada á los bienes de la tierra,
Sin humildad ni caridad cristiana
Fomentas las discordias y la guerra,
Sin atender á la razón humana,
Ni al tiempo oir que la verdad encierra...
Dios de todos es Juez, y no perdona
Al que el rencor y la venganza encona.

LXXVIII.

Oye, Francia versátil y altanera,
Que juegas con la fe de las naciones;
La fortuna no es mas que una escalera
De mal asegurados escalones.
Quien pisa en uno mal, la rueda entera:
Y como en ella dés dos resbalones
Como el que diste en México, te quedas
De la escalera al pié, porque la ruedas.

A D. Pedro Antonio de Alarcón.

I.

Los poetas, mi querido Pedro, son insoportables: y tenía razón aquel sabio de la antigüedad que quería que fuesen excluidos de la República. Ni aun los locos podemos entrar en sociedad con ellos, sin salir con las manos en la cabeza.

Este libro no es el que te prometí en mi prospecto: y cómo todas las sabrosas especias con que había yo salpimentado mis notas y comentarios, no han de ser ya capaces de sazonar la desaborida pepitoria en que ha convertido este libro el autor de sus versos, me retracto de lo ofreeido por mí; y haciendo al poeta solo responsable de todo lo en él escrito, renuncio á enviarte la estupenda prosa, que debía de hacerme famoso, á la par de los versos que deben en mi juicio desacreditarle á él. *Suum cuique.*

Yo te enviaré, por mi propia cuenta y bajo mi sola firma, el librejo de notas y comentarios que te prometí añadir á sus versos; y en él te diré *el algo* sobre México y Maximiliano que á mí me correspondía decir: cargue el poeta con el mal porvenir de su drama del alma; que no quiero yo condenar la mía por pecados de la suya.

Para declarar disuelta mi compañía con el poeta, tengo, aunque loco, mis razones, y te las voy á exponer sin reparar en pelillos.

Como lo echarás facilmente de ver por el número de páginas que los versos ocupan, el poeta se ha apropiado las loscientas á que debía limitarse el trabajo de ambos; y si á lo menos sus versos valieran la pena de suprimir mi prosa, podria yo resignarme á ello; pero escucha, Pedro mío, lo que es el trabajo del tal poeta, á quien Dios se le perdo-

ne después de que el público se le desdeñe, la crítica justa se le destroce, y la mordaz y apasionada le dé por él la más merecida cencerrada y la más oportuna paliza.

El autor de los versos de este libro (además de haberme robado para sus ramplonas estrofas el lugar destinado en él para una prosa que debía inmortalizarme), ha hecho del libro primero de los cinco en que le divide, un trabajo literario digno del sacristán que puso en octavas reales la regla de San Benito.

En su libro tercero, primo hermano del primero, ha enjaretado en verso prosaico unos dialoguitos entre Roma, Francia y Maximiliano, que pueden arder en un candil; concluyendo el tal tercer libro con una fantasía de pésimo gusto, que hubiera extasiado y dejado vizcos á los románticos de 1839; pero que no hay narices con que leer en 1867, por falta de espacios en que colocar los alientos, y de un solo período del cual pueda colegirse que el autor tiene sentido común.

En su libro cuarto, se echa por esos trigos de Dios á buscar á su padre y á su madre, y á encomendarse á María Santísima: cosas muy santas y muy buenas tal vez, si no dejara plantado al lector en el valle de México, para venirse de un salto á rezar y lloriquear por Cataluña y Castilla la Vieja. ¡Vaya un brinco, Pedro mío! Y échales galgos á los poetas.

Mis más desesperados esfuerzos para encarrilarle por la vereda de su argumento, han sido inútiles; y todas mis razones de loco se han estrellado en sus razones de pie de banco.

A la crítica mía de la narración prosaica de su libro segundo, me ha respondido con el más impertinente desenfado: que "si no era verso, era verdad;" y á la de sus extemporaneas excursiones del libro cuarto, me ha contestado: que hacía veinte años que estaba ausente de España y que quería hartarse de andar por ella; que los Vallesolitanos,

los Burgaleses y los Palentinos eran hermanos suyos de padre y madre; y que no pensaba dormir en cama hasta haber dado á todos y á cada uno de ellos un cordial apretón de manos.

Figúrate tú lo que habré tenido que sudar, para impedirle que abrazara á cuantos topaba por las calles de Burgos y Valladolid; que se parara á jimotear con cuanta vieja le hablaba del tiempo pasado, y que besara y limpiara los mocos á los chicos de Quintanilla, como si fueran hijos suyos. Por más que le asía yo del brazo y me le ponía delante para enveredarle por su asunto, él se me largaba por una puerta falsa á un huerto vecino, ó por una senda de cabras se me encaramaba hasta las ruinas de un castillejo, ó se me arrodillaba, en fin, en un abandonado santuario; y dale con que por aquella ventana le llamaba su madre, y que por aquella puerta salía su abuela, y que en aquel cuarto se le había muerto un tío, y que al pie de aquel peral le había dado un beso una prima suya; como si á cada hijo de vecino de su edad no se le hubieran ya muerto padres y abuelos, y no le hubiera dado algún beso alguna prima: cosa tan natural entre parientes tan próximos.

Pero todos estos sustos y afanes míos, mi benévolo Pedro, han sido tortas y pan pintado, comparados con el trabajo de Hércules á que he tenido que dar cima, para no dejarle meterse en otro berenjenal, del que no nos hubiera podido sacar en seis meses aquel forzudo semi-Dios de la maza, modelo, envidia y admiración de los gañanes y mozos de cuerda. Quería nada menos mi disparatado versificador, que dar gracias á todos y cada uno de los poetas y amigos que le habían saludado á su vuelta á la patria; contestando á sus versos con otros en la misma rima y con los ismos consonantes: sin duda por aquello de interrogatoio et responsio.—Quería hacer trescientas quintillas á la entil, franca y leal Carolina Coronado, precedidas de re umbante prosa al honrado Ferrer del Río; ésta impresa en

letra muy gorda, para que correspondiera con el tamaño de la persona á quién debía ir dirigida; y unos muy repiqueteados ovillejos á sus viejos amigos los asquerinos: éstos en letra muy pequeña por la razón contraria á la de la prosa de Ferrer: y una colección de romances á Ventura Ruiz de Aguilera, y á Camilo Jover, y á Narciso Campillo, y á Flores Arenas, y á Emilia Pardo Bazán, y al simpático Grilo, y á todos los redactores del Lloyd español y de la corona de Cataluña, y de todos los periódicos de Burgos, Valladolid y Madrid, que le dieron los buenos días ó las buenas noches; y quería escribir sesenta cartas humorísticas á Carlos Frontaura, y nueve sonetos á Núñez Arce, y una novela en cuatrocientos capítulos á Fernández y González; y tenía además el plan de un poema fantástico, en el cual mostrara su gratitud al Señor Barón de Andilla, y al General Covellar, y al Marqués de Heredia, y á la Duquesa de N., y al Marqués de X., y á la Vizcondesa de***, y á todos los que le habían honrado convidándole á comer y á bailar, y á tomar té, y hasta á los que solo lo habían pensado; concluyendo su obra con un doble rombo, bien piramidal, que figurase un bonito reloj de arena, como aquellos que hacian la Avellaneda, Espronceda y él en aquellos tiempos romboidales, en que tomó la poesía todas las formas, hasta la de la alcuza. En esta desatinada idea estaba emperradísimo el desatinado autor de los versos de este libro; pero al fin desistió de ella ante las siguientes reflexiones:

Primera: que todo aquel fárrago con que él quería llenar diez volúmenes, podía reducirse á una sola composición dirigida á todos, puesto que iba á decirles á todos lo mismo.

Segunda: que aun esta única era preciso que la pensara mucho, porque podía parecer gana de prolongar el ruido, y comezón inextinguible de hablar de sí mismo: defecto abominable en que había incurrido mil veces en estos últimos tiempos, y de que había llegado ya el de que se corrigiera para siempre; porque la modestia dobla el valor del que algo vale, y hace valer algo al que ninguno tiene; y que dar-

se por entendido de los hiperbólicos elogios que en tales casos se hacen á los que su fortuna se los procura, era lo mismo que ir diciendo por la calle: «miren qué buen mozo soy y qué talento tengo, cuando tantos chicoléos me echan al pasar los hombres y las mujeres.»

Tercera: que podían ofenderse los que con ingénua cordialidad le habían hecho versos y obsequios, al ver que se apresuraba á devolvérselos, como si fueran dineros prestados por usureros que se grababan con intereses—y, en fin, que lo mejor que podía hacer, era aguardar á que se presentara una ocasión oportuna de manifestarse agradecido al público y á sus amigos: que Dios se la depararía sin duda, pues no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague.

Estas reflexiones mías debieron de hacerle fuerza, porque se puso á escribir el libro quinto de este volumen, que era á lo que debía haberse limitado desde el principio; encomendándome que tratara contigo, Pedro bueno, de buscar ocasión y manera de no pasar por vanidoso ni ingrato; y paréceme á mí que la publicación de este librejo es una ocasión pintiparada para que yo te encargue, á tí que conoces á toda la gente de talento, á todos los literatos, poetas, artistas y actores de España, que la han dado lustre con su nombre durante nuestra voluntaria expatriación, que les digas de nuestra parte estas ó semejantes palabras:

«Que cuando se nace en Castilla y se encuentra uno á dos mil leguas de España, en una tierra que tiene el empeño monómano de rebajar nuestras glorias nacionales, se reciben allá las noticias de nuestra patria como auras vitales que confortan y alargan nuestra existencia: que para los desterrados allende el mar, no hay partidos políticos ni literarios: y se enorgullecen con los triunfos logrados en la guerra de Africa por nuestros generales y ejércitos, como con los conseguidos en la tribuna, en la prensa y en el teatro, por nuestros oradores, poetas y actores: que leen con lágrimas de placer y de entusiasmo los versos de Selgas y Cam-

poamor y Grilo, y las novelas de F. Caballero, Tárrago y Mateos y Fernández González: que se rompen con gusto los guantes y las manos aplaudiendo EL TANTO POR CIENTO, LAS QUERELLAS DEL REY SABIO, LA CAMPANA DE LA ALMUDAINA, EL LOCO DE LA BOHARDILLA, EL TOISÓN ROTO, *y todas las producciones de los ingenios nuevos*, como si fueran obra de sus hermanos y de sus hijos: y que eso es lo que han hecho el autor de estos versos y el loco de ellos comentador en México, y lo que esperan continuar haciendo mientras vivan en España: porque Dios les ha dado felizmente un corazón sin envidia, y una lealtad de la cual pueden dudar solamente los que no les conocen.»

Díles también, Pedro, que el que pueda creer que un hombre en la posición del poeta autor de los versos de este libro, puede no agradecer ó desdeñar las muestras públicas de cariño que ha recibido al regresar á su patria, es preciso que tenga perdido el juicio ó gangrenado el corazón: y que el que no comprenda su fe cristiana, y las causas de su silencio y aislamiento en las circunstancias en que le ha colocado la suerte en 1867, tiene que ser más tonto que lo que yo sería si escribiera sobre esto una sola palabra más.

Con que haz leer esta página, mi querido Alarcón, á los que tú creas que deben de leerla: y no les dejes leer las demás, porque ésta es la única de este libro que vale la pena de ser leída, por ser la sola en que manifestamos, á nuestro entender, un átomo de talento, y es la que expresa la gratitud y lealtad de nuestra alma castellana.

Y á otra cosa.

II.

En cuanto á aquel ALGO SOBRE MÉXICO Y MAXIMILIANO que yo intentaba decirte, formará libro aparte, como ya te he indicado; y lo recibirás, querido Pedro, cuando el tiempo lo permita: porque aun cuando el poeta, autor de los versos de este libro, ha marcado en ellos con su

pluma los puntos culminantes del cuadro que debí yo dibujar ante tus ojos, la poesía no es mas que música celestial; y cuando es como la del *libro segundo* de los cinco de versos de éste, no llega á la destemplada música de la más desacordada murga.

Además, mis opiniones difieren de las del poeta respecto á México: y los detalles rapidísimos que voy á darte en lugar de mis notas y comentarios, te darán la muestra de nuestra divergencia de pareceres; constituyendo aquellos la base de una historia de la intervención francesa y el imperio de Maximiliano en México, *algo* diferente de las que se escribirán en México y en Francia, por republicanos é imperialistas.

Y hé aquí *algo* de aquel ALGO que me proponía decirte.

La idea del imperio mexicano fué la elucubración de algunos diplomáticos que no conocían á México; unos por haber permanecido ausentes muchos años de aquella tierra, y otros por no haber estado jamás en ella.

Y permíteme, Pedro, que te haga una observación entre paréntesis. (Los diplomáticos tengo yo para mí, que son los que menos saben de los países extranjeros por donde viajan; porque como viven sólo en las cortes y capitales, y están convidados á todos los bailes y á todas las cenas de los palacios, y tienen que pagar tantas visitas, no tienen tiempo de estudiar los países, sabiendo de ellos lo que les dicen los periódicos y los habitantes de la capital.—Y hecha esta observación, que no lleva intención maligna contra nadie, cierro el paréntesis y voy adelante con mi cuento.)

El poeta te dice en este libro que los mexicanos tienen mucho talento y mucha sagacidad. Esto debe de ser una gran verdad, aunque él te la haya dicho en verso, puesto que embarcaron en su descabellada intervención á los Emperadores de Austria y Francia, al buen Rey Leopoldo de Bélgica, á quien, como sabes, elegían todos los soberanos

de Europa por árbitro de sus negocios, y á las Reinas de España y de Inglaterra. Ya ves si tendrían talento los mexicanos, cuando levantaron con él una polvareda capaz de cegar á todos los ministros, consejeros y diplómatas de aquellos dos imperios y de estos tres reinos.

Los que desde México azuzaban á los visionarios imperialistas de acá, eran en su mayor parte los del partido mexicano que ha tomado por lema "RELIGIÓN Y FUEROS:" quienes por aquel entonces llevaban lo peor en su revuelta tierra: y en donde Juárez, de regreso de su segunda ejira, había audazmente acometido las más ultraliberales reformas, con asombro de algunos y contento de muchos, pero sin oposición de nadie.—Había vendido por más de setenta millones de duros los bienes del clero: derribado la mayor parte de los templos y monasterios: exclaustrado á los frailes y monjas: establecido el matrimonio civil: abolido todos los fueros y privilegios: prohibido el traje eclesiástico, el toque de campanas, la enseñanza religiosa en las escuelas, etc., etc.—Este buen Juárez lleva en las banderas de su partido el lema nacional de la República, que es "DIOS Y LIBERTAD." Averigua tú de qué Dios y de qué libertad hablará aquel lema.

Pero el de—"RELIGIÓN Y FUEROS"—de los otros, también tiene gracia. La religión (suponiendo que sea la de Jesucristo) establece la igualdad ante el tribunal de Dios, y ante el de todos los poderes y tribunales que por medio de la administración de justicia representan su divina autoridad en la tierra: y el lema de este partido añade á su *religión* los *fueros;* es decir, exenciones, privilegios, rancho aparte del resto del pueblo. Este partido tenía sus periódicos, el más marcado de los cuales era "EL PÁJARO VERDE," fundado y sostenido (según voz pública, tal vez mentirosa) por un alto personaje de aquella comunión política: y dirigido por un hijo de español, que se ocupaba en él de averiguar las vidas ajenas, de apuntar todos los rumores injuriosos y perjudiciales al bando contrario: encabezando sus

artículos de fondo con textos latinos de los Apóstoles y los Santos Padres, y concluyendo con folletines morales de Eug. Sué y Alej. Dumas; cuidando además de alimentar su imprenta con reimpresiones de las novelas de los autores españoles, y de las obras teatrales y líricas de sus poetas más favoritos de los lectores.—Ya ves lo que ganarán los editores que de aquí envían ejemplares de ellas, con corresponsales como "El Pájaro Verde."

Te estoy viendo fruncir el entrecejo, Pedro, y te hace cosquillas en el pensamiento la idea de que voy mostrando mis puntas de *liberalesco*, como ahora he visto que por acá se escribe; pero para que te convenzas de que mi relato es imparcial, no tienes mas que tomarte la molestia de descomponer el título del tal periódico, y hallarás que "EL PÁJARO VERDE" es el anagrama de "*Arde pleve roja*" (esta pleve con v pertenece á la ortografía mexicana, que no hace diferencia entre la b y la v, ni entre la s, la z y la c, y que es prima hermana de la del maestro andaluz, que decía á sus discípulos: ("*niñoz, zordao ze ezcrive con eze y con ele.*") Me parece que en las columnas de un periódico cuyo título anunciaba el deseo de quemar á la plebe, no rebosarian la tolerancia evangélica ni la caridad cristiana; y no creo en conciencia levantarle ningún falso testimonio, suponiéndole para sus contrarios las intenciones de un gavilán con respecto al pollo que se lleva en las garras.

Entre estos dos partidos arrojó al desventurado y leal Maximiliano la intervención europea; de la cual tuvo Prim el buen instinto de separar el pabellón español en las playas de Veracruz; por lo cual le debe estar la patria agradecida, aunque yo no estoy conforme con el modo con que se ganó el derecho á tal agradecimiento, como te contaré en mi otro libro.

Los franceses, que creen que el universo entero no es más que el patio de París, se fueron metiendo por México como por su casa; hasta que en Puebla les dieron los me-

xicanos una tollina, que les obligó á tantear la tierra antes de sentar el pie sobre ella.

El poeta y yo te repetimos que los mexicanos tienen muchísimo talento: y yo te añado que tienen muchísimos talentos, uno de los cuales es el de buscar y hallar el lado flaco ó ridículo á todo lo grande, bello ó sublime que va de Europa, ó que puede hacerles sombra. Este es un gran sistema: con un cuentecito, una cancioncilla ó un dicharacho ingeniosísimos, apagan ante los ojos del vulgo la más luminosa reputación, antes de que tenga tiempo de admirar su brillantez.—Este talento le destilan á través de aquel principio florentino de "*calumnia, que algo queda*," en unas composiciones que llaman "ensaladillas," cada una de cuyas estrofas es una saeta envenenada, que va derecha á la honra de un hombre, de una mujer, de una familia ó de una sociedad entera.

Unos ejemplitos: se dió un beneficio en el teatro (no importa para qué objeto) y tomaron todos sus palcos las familias de más alta posición. Al día siguiente circuló una ensaladilla por la ciudad, en la cual no había mas que la numeración de los palcos de esta manera.

En el que ocupaba la familia de un rico banquero, cuyas señoras oían misa todos los días y concurrían todas las noches al teatro, decía:

Palco número...... la ópera y el sermón.

En el de un conocido personaje cuya esposa tenía fama de dominarle, decía:

Palco número...... Lo de arriba abajo.

En el de una familia cuyo jefe tenía afición al juego, decía:

Palco número...... el rey de bastos.

Y así de todos los palcos, aplicando á las familias que les ocupaban el título de una comedia que las satirizara.

Llegó nuestro embajador Pacheco, que era el primer embajador que iba á México, no habiendo tenido allí las naciones europeas mas que encargados de negocios, ministros,

lenipotenciarios ó cónsules generales. Todo lo que en una República puede tomarse por aristocracia, y toda la gente comodada salió á recibirle. Más de una legua de camino se cubrió de carruajes y de ginetes; toda la población estaba sobre la carretera de Veracruz.—A los pocos días se vendía en las tiendas una bebida, mezcla de aguardiente, pulque, y otros ingredientes espirituosos, que los léperos pedian á los tenderos, diciendo: déme vd. dos cuartos de Embajada de España.—Estos detalles prueban la verdad de lo que en mi prospecto te dije: que México es un país de broma, y ahora verás.

Avanzaban los franceses sobre Puebla y la pusieron sitio: Una de las cosas que con más cuidado traía á los mejicanos, era la destreza maravillosa con que se decía que los zuavos manejaban la bayoneta. Había quien aseguraba que ensartaban moscas en ella, y que un solo francés con aquella arma daba cuenta de tres ginetes mexicanos armados de lanza. Se formalizó el sitio: atacaron los franceses y resistieron los mexicanos: éstos se batieron como buenos: yo soy quien te lo digo, Pedro: la prueba es que el resultado final de la destreza de los bayonetistas franceses en los ataques á la bayoneta con los mexicanos, era que el francés ensartaba en su bayoneta al mexicano por debajo del esternón, mientras el mexicano introducía la suya al francés por la mismísima boca del estómago, quedando ensartadas en sus fusiles muchas parejas de muertos de ambas naciones.—A estas infelices parejas las llamaron los mexicanos los *jemelitos* (las mancuernitas, que es como se llaman allá los dobles botones del puño de las camisas); y esta sola palabra, igualando al soldado mexicano con el francés, destruyó el prestigio de la superioridad de éste sobre aquel. Y aquí concluyó el miedo á las bayonetas francesas.

Lo mismo hicieron con todo, y así avanzó la intervención por la comarca de México, hasta dejar á Maximiliano y Carlota en su trono y su capital.

Los republicanos se retiraron delante de ellos; pero te-

niendo la astuta previsión de dar en escritos, versos y cantares, el título de traidores á los partidarios del imperio: título que nunca favorece á ningún partido en ninguna nación.

Maximiliano creyó, y era lógico en su opinión, que él no debía ser jefe de un partido, sino formar con los elementos encontrados de todos los de México, el nucleo del elemento imperial: que debía fundir en un solo bando nacional todas las discordes aspiraciones y mal avenidos intereses: y creyó también, y en esto también era lógico, que habiendo estado México medio siglo constituido en República, su imperio debía basarse en una constitución y unas instituciones necesariamente liberales, si no habian de chocar con los hábitos contraídos por el pueblo. Pero aquí de los de RELIGIÓN Y FUEROS, que habian contado con que Maximiliano católico y bendecido por el Papa, fusilaría y ahorcaría á todos los compradores de bienes eclesiásticos nacionalizados por Juárez, repartiendo á su vez entre los imperialistas los bienes y haciendas de los republicanos.—Maximiliano no podía acceder á semejante pretensión, que hubiera enajenado al imperio la simpatía del comercio extranjero, y de los que con él habian adquirido aquellas fincas al precio y bajo las condiciones con que el Gobierno entonces establecido las había sacado á venta. Maximiliano ordenó una revisión de las escrituras de venta en pro de los compradores de buena fe, y ordenó que devolvieran al Estado las fincas no pagadas. Los de *religión* y *fueros* le dijeron que el Gobierno de Juárez era ilegítimo y que no había podido vender: repuso el Emperador que tan legítimo era el Gobierno de Juárez como el de todos los presidentes que lo habian sido por la fuerza ó por la intriga: los dos únicos modos de llegar á la presidencia, desde la emancipación del país de la dominación española; tornaron á replicar ellos y á negar él; y en cuanto vieron que la revisión se entablaba y que una Comisión mexicana debía de hacer presentes á Pío IX la situación del país y las dificultades del negocio

hicieron comprender á los magistrados que incurrían en excomunión si daban curso á las revisiones; y la conciencia de los jueces que habian sancionado las escrituras de venta hechas por Juárez, se escandalizó de la revisión de Maximiliano. Partió á Roma la Comisión mexicana para someter humildemente al Papa las bases de un concordato, como los que se han hecho en nuestras naciones europeas; pero los de «RELIGIÓN Y FUEROS» les minaron el terreno por medio de sus agentes en Europa.

Entonces fué cuando algunos periódicos europeos, á quienes tenían embaucados los religioneros–fueristas, cayeron sobre el acorralado Maximiliano, á quien dieron poco menos que por apóstata y hereje, diciendo que se vendía á los liberales, etc., etc.

La Comisión mexicana anduvo muchos meses por Roma sin dar con Su Santidad, y Maximiliano se desprestigiaba con su poca influencia en las cortes de Europa. La Emperatriz, que quiso ayudar á su marido en esta cuestión, la más vital de un imperio, estudiándola con su extraordinaria perspicuidad mujeril, se embarcó también para Europa, modelo de esposa y de soberana, á abogar ante las testas coronadas por la causa del Emperador su marido; pero tuvo la desgracia de *indisponerse* al ir á entablar su demanda, y Maximiliano esperó allá el resultado de su viaje, que no llegó nunca á saber positivamente.

Entre tanto los franceses (que se habian hecho lugar con el pueblo, durante el mando benéfico y conciliador del honrado Mariscal Forey), empezaron en el del general Bazaine á azotar á los mexicanos en el patio de la casa donde estaba alojado uno de los jefes, y después á fusilarlos en la plaza de Mixcalco; so pretexto de que todos eran ladrones y de que era preciso extinguir el robo. Comenzó á rebelarse el amor propio de los que un año antes eran ciudadanos, viéndose azotados como esclavos; y comenzó á despertarse el odio y el deseo de las represalias, sin que Maximiliano lograra mitigar aquellos rigores, pues las comisiones milita-

res francesas eran inexorables, y sobre él echaron después los liberales lo odioso de aquel procedimiento arbitrario y tiránico.

Y aquí se vió un caso curioso en los anales de las intervenciones, que prueban que la peor causa puede llegar á hacerse nacional en un pueblo por la torpeza de los que le gobiernan.

La plebe mexicana tomó el empeño de sostener el robo como si fuera una industria nacional; y protestó contra su castigo de una manera original, que merece ser tomada en cuenta.

Mientras los franceses fusilaban á un mexicano, el oficial y los soldados del pelotón eran despojados por los léperos de alguna prenda de su vestuario, que echaban de menos después de la ejecución; operación que ejecutaban los *léperos* á riesgo de la vida, y que significaba bien claramente "nos fusilareis, pero os robaremos hasta que podamos fusilaros."

Convencidos de su impotencia ó por causas que no me importa investigar ahora, los franceses se retiraron de México; los republicanos comenzaron á extender sus guerrillas depredadoras por los terrenos que la abandonaban; los imperialistas de buena fe comenzaron á desconfiar del porvenir, y Maximiliano bajó á Orizaba, enviando sus papeles y equipajes á Veracruz, resuelto á abdicar.—Trató de entablar negociaciones con los jefes republicanos, con el fin de asegurar las personas é intereses de los que le habian sido adictos; pero los jefes republicanos, seguros ya de su triunfo, desecharon con desprecio sus proposiciones de avenencia, que probaban su amor á los mexicanos, á quienes ya solo podía proteger humillándose: lo que no vacilaba en hacer en pro de los suyos.

Dios le había destinado para pagar los pecados de Europa en América; y como á un corazón leal se le puede engañar muchas veces, se le volvió á hacer creer que el imperio era popular: que solo le desprestigiaba la alianza y pre-

sencia de los franceses, y que los imperialistas podian aún disponer de veinte mil hombres y veinte millones de duros, para que el Emperador salvara en México la causa de la religión, de la sociedad y de las tradiciones europeas.

El caballeroso Maximiliano creyó que le deshonraría el volver la espalda á los que se creía en deber de protejer; y formando un plan de campaña que todavía hubiera podido dar un resultado más favorable, y que le hubiera permitido salir al menos con honor del país, se fué á encerrar en Querétaro con Miramón, Mejía y Castillo: provocando á los republicanos á sitiarle en aquella plaza, mientras Márquez reunía en México el cuerpo de ejército y los elementos de guerra suficientes para caer sobre los sitiadores. Éstos no dejaron de acudir á la audaz provocación de los imperiales, y sitiaron á Querétaro: pero Márquez, en lugar de seguir puntualmente el plan del Emperador, fué torpemente á hacerse derrotar en Puebla por Porfirio Díaz, y volvió fugitivo á la capital, donde hizo maldecir al Imperio y desear la vuelta de los republicanos con sus tropelías y exacciones. Encarceló á los ricos para hacerles vomitar dinero, y les tuvo en pie sin silla ni cama en qué reposar; echó una contribución diaria á todo vecino que tenía algo, y cogió de leva á los indios abastecedores de víveres á la Capital para hacerles trabajar en las trincheras, privando así á la ciudad de abastecimiento. Se pagaba el maíz á cien duros y el trigo á ciento cincuenta; los pobres se morían materialmente de hambre, y unas familias vendían para comprar alimento, los muebles que otras más ricas compraban para calentar el suyo. Sabiendo la catástrofe de Querétaro, dió la falsa noticia de la derrota de Juárez y de la vuelta próxima de Maximiliano triunfante. Se echaron las campanas á vuelo y se creyó en un milagro de Dios: entre cuyo tumulto desapareció el General, y al día siguiente los liberales intimaron la rendición á la capital.

Así cayó Maximiliano en poder de Juárez; y los periódicos, que le tacharon de mal católico, de mal europeo y de

traidor á su propia causa, dijeron que era un heroe y un mártir, y pidieron á grito herido venganza á Dios. ¡Ay! Dios no es ministro de la venganza de nadie. Dios castiga pero no se venga; porque la venganza, que pudo ser el placer de los dioses del paganismo, no cabe en el Dios de los cristianos, que es la suma justicia y la suma perfección: Dios castiga y nada deja sin premio y sin castigo sobre la tierra;—pero no se venga—Dios castigará.

Por estos rápidos y desaliñados apuntes comprenderás, Pedro mío, que el *algo* que yo intentaba decirte, debía de constituir una historia de la intervencíón francesa y del imperio de Maximiliano en México, *algo* diferente de como la contarán los franceses y los mexicanos: los republicanos que fusilaron al Emperador y los imperialistas que le abaudonaron: y de cuya historia mía iban á desprenderse naturalmente las siguientes consecuencias:

Que el Imperio Mexicano fué un sueño, que no pudieron realizar Austria, Francia y Bélgica, que dieron tropas para tal intervención: y que este desengaño debe servir á la Europa de lección, y darla la norma de sus relaciones futuras con las Américas españolas.

Que lo que se deseaba en México por el bando antijuarista, no era un imperio nacional mexicano, sino un imperio que hiciera triunfar su partido.

Que el catolicismo hubiera logrado más de un concordato hecho por Maximiliano, que lo que ha de rescatar de las garras de Juárez y de las de los republicanos que no dejarán el valor de dos reales de la hacienda de la Iglesia.

Que los partidos religiosos y sus periódicos de acá, deben reflexionar antes de hacer suya la causa de los partidos *religioneros* de allá: porque el *Dios* y la *libertad* de América no deben de ser los mismos que los nuestros: pues *Dios* y *libertad*, *religión* y *fueros*, y todos sus programas, sus proclamas y sus anagramas y todos sus lemas, se traducen al castellano por éste: *detrás de la cruz, el diablo*: y que las palabras y las teorías son las mismas; pero las prac-

ticas de los hombres, no es fácil que las apadrinen como suyas ni *Dios* ni la *libertad.*

Que por aquello de *morto leone*, de *á moro muerto*, y *del árbol caido*, Maximiliano tendrá por ahora que cargar con las culpas de todos—y verás como Lerdo de Tejada (que es uno de los menos lerdos de aquel país en donde nacen pocos) te prueba en su *memorandum*, como tres y dos son nueve, que sus republicanos eran inocentes é inofensivos como monjas hasta que el bribón de Maximiliano vino á degollarles como corderos.—Y verás también como, si los *religioneros* vuelven al poder y publican su *memorandum*, para emparejar con el de Lerdo, te prueban también en él que la ignorancia, la ineptitud y la terquedad del herético Maximiliano, fueron la causa de la caida del Imperio; porque aquel obcecado Príncipe no se dejó gobernar y aconsejar por ellos, que le hablaban en nombre de Dios.

Que la república será de hoy más la forma de gobierno en México y en la América española: donde la Europa ha perdido toda su influencia y la mitad de su comercio futuro, por el error de Francia: y que por este error se ha burlado, se está burlando y se burlará México sólo de la mitad de la Europa.

Que Juárez y sus republicanos estuvieron en su derecho al fusilar á Maximiliano, á quien nunca reconocieron mas que por su enemigo: pero que abusaron infamemente de tal derecho, fusilando á un hombre cuya bondad conocían; acusándole de crímenes que jamás pensó cometer, y ponderando la necesidad en que se vieron de fusilarle para la salvación de la patria: que no puede estar más perdida que en sus manos.

Que *nosotros* no abogamos por Maximiliano y Carlota, solo porque ellos fuesen príncipes ó porque nosotros seamos serviles; sino porque eran unos príncipes buenos, inteligentes y deseosos de buena fe del bien y progreso de México.

Que el autor de los versos de este libro y yo, no tene-

mos el más leve átomo de rencor ni enemistad á los mexicanos, cuya perspicacia, talento, cortesía é instrucción hemos celebrado de buna fe en este libro, cuando de ellos nos ha tocado hablar: que pensamos dar idea de su civilización y de la poesía de sus costumbres y de su país, en otro libro menos ingrato; en que hablaremos de su vida, de sus haciendas, de los gallardos ejercicios de su equitación en sus coleaderos y lazaderos; de sus bailes y sus canciones que rebozan gracia, originalidad y carácter: porque lo único que encontramos malo, y por lo cual no les tenemos rencor sino compasión, es su absurda, su maldita política basada en el odio monomaniaco que tienen á Europa, y sobre todo á España (Gachúpia), cuya raza son y cuya sangre corre por sus venas. En este sentido hemos hablado de México agriamente en verso y prosa en este libro: pero protestamos que solo considerándolos bajo el punto de vista político, y no social ni personalmente.—Sentirémos que así no lo comprendan: pero si así no fuere, tampoco nos pesará mucho; porque les daremos ocasión de mostrar su verbosa erudición, su gracejo nacional y su agudeza chispeante de gracia flexible y de punzante malicia, al devolvernos lo que crean que les ofende. Y esto en lugar de dolernos, nos enorgullecerá: porque vendrá á corroborar nuestra aserción de que tienen mucho talento. La política les envenena el corazón, y es la única tacha de sus buenas cualidades; así que, si arrastrados por esta nacional antipatía política, nos envian en contestación unas cuantas calumnias bien intencionadas, ó unas cuantas injurias bien personales, las recibiremos cordialmente como chistes del país; pues estamos acostumbrados á leer el PÁJARO VERDE Y EL GACHUPÍN, que se publicó á la llegada de Prim con la intervención.

III.

He leido en no sé qué periódico de por acá no sé qué sobre los remordimientos de Juárez por la muerte de Maxi-

miliano. Juárez tiene orgullo y no remordimientos de tal pecado, y no se cambia ahora por Alejandro Magno si resucitara, ni por Cronwel á quien parodia. Los remordimientos son hijos de las creencias religiosas; y vayan á preguntarle al indio Juárez cuál es su opinión sobre el catecismo del P. Ripalda. Juárez cree (y tal vez no yerra), que ha dado el cachete á la influencia europea en América con la muerte de Maximiliano. Ha insultado impunemente á Austria y á Francia en sus Embajadores y súbditos: ha desmostrado la impotencia de las intervenciones, y conserva insepulto el cadáver del Emperador para jugar con Austria al tira y afloja, ó para poner al fin un precio enorme al piadoso anhelo de la familia imperial. Este sacrilegio es lo que no le perdonamos ni á él ni á sus secuaces: pero no teniendo la vanidad de creernos competentes, para juzgar de las razones que tienen Francia y Austria para no darse por entendidas por ahora de ello, ni de *la indisposición* de la Emperatriz, comprendemos que nuestro papel es el de irnos con la música á otra parte, y nos vamos: porque en política somos *ceros á la izquierda:* en la sociedad nuestra importancia está representada por el signo *menos;* y en los anales de la literatura patria no somos mas que *una errata* de imprenta que *desluce* una página.

IV.

Este libro no tiene en sí mas que una cualidad buena: a de SU INOPORTUNIDAD; y de propósito hemos suspendido su publicación hasta que fuera importuna y estemporánea, porque habiamos llegado á apercibirnos de que nuestros amigos sospechaban que queriamos también especular con el nombre y la catástrofe de Maximiliano, publicando un libro de circunstancias, cuyo éxito asegurara su interés de actualidad. Las cuestiones de Italia y de Oriente, la actitud de Prusia con Francia, y otros acontecimientos que absorben la atención universal, hacen de la publicación de este libro una cosa parecida á una piedrecilla tirada al mar: y nos damos de ello la enhorabuena.

El autor de estos versos y yo hemos querido á Maximiliano en México como si hubiera sido nuestro padre: hemos llorado su muerte en España como si hubiéramos s sus hijos; y no haremos jamás de su nombre ni del de Emperatriz Carlota un objeto de lucro, ni un medio meter ruido ni de darnos importancia.

Consideramos á Maximiliano, desde que le vimos entrar en la capital de México, como una víctima expiatoria enviada por Dios al altar del sacrifiicio: le vimos luchar con sus tribulaciones, sonriendo con la resignación de los mártires: nos prodigó las más cariñosas muestras de cordialidad, mientras pudo sin riesgo nuestro manifestarnos en público su amistad: y nos apartó de sí cuando vió que se acercaba la hora del peligro. Nosotros, humillándonos ante los Juicios del Omnipotente como cristianos, nos preciamos de ser de los pocos (no osamos decir los únicos) que conservarémos hasta nuestra última hora una religiosa veneración por la memoria del mártir, una profunda gratitud por los favores del Soberano, una lealtad sincera á la cordialidad del amigo, y un retrato del hombre á la cabecera de nuestro lecho, cerca del de Cristo: en cuya fe esperamos morir, á pesar de nuestra locura, de nuestra profesión, de nuestros escritos y de nuestra historia.

V.

Adios, Pedro bueno y leal: nuestra intención era enviarte un libro que nos hiciera honor á nosotros y no te avergonzara á tí.—Nuestro miserable ingenio no ha alcanzado á llenar nuestra buena voluntad: esperamos empero que, al hogear éste, tengas la agradable sorpresa de comprender que hemos perdido nuestro talento en América, pero que hemos encontrado nuestro corazón al volver á nuestra patria.

El Loco comentador.

FIN DEL "DRAMA DEL ALMA."

